



LA CASA

Una extraña experiencia

DESCRIPCIÓN BREVE

John, escritor estadounidense, imagina un lugar idílico para empezar su próxima novela. Nunca pensó que aquella casa a las afueras de Garnet, Montana, encerrara tantas sorpresas e inquietudes. Pero a pesar de las rarezas allí observadas, la curiosidad le puede y se quedará en aquel lugar tan extraño.

J.P. Ravelo

Segunda edición del concurso de Narrativa Breve Dolores Campos Herrero 2018

Aquella casa era diferente, tenía algo que la distinguía entre las todas las demás. Tanto buscar y buscar....

¡Uf!, estás cansado, pero contento. Al fin, podrás mudarte y salir de esa jungla de cemento que tanto te agobia, la ciudad no está hecha para ti.

Miras el reloj... - ¡vaya qué tarde es!, estirando tus brazos intentas desentumecer tu maltrecho cuerpo de oficinista en Wall Street.

Casi seis horas en el coche y una hamburguesa fría, junto con una cerveza, era lo que había recibido su doloroso estomago durante el viaje.

Llovía intensamente, mientras a lo lejos, el cielo se iluminaba, como si de una atracción de fuegos artificiales se tratará.

Acercó su reloj a su cara... pues casi no se veía absolutamente nada. 3,15 de la mañana... -sí que era tarde, -pensó.

Abrió la puerta del coche y un aire gélido le recordó que el norte, no se parecía en nada al precioso pueblo donde nació, cerca de Miami. Encogió los hombros y se apretujó su abrigo de DyG hacia sí, intentando mantenerse erguido, con el fin de estirar su dolorido esqueleto. Aguantó la respiración por unos segundos y salió del auto. Bocanadas de aliento, salían de su boca al respirar. No sin dificultad, buscó la llave que le había proporcionado el agente de la inmobiliaria, y se encaminó con paso firme, hacia la entrada de su nueva casa.

Un ruidoso trueno le sobresaltó... la tormenta se acercaba a pasos agigantados sobre la comarca.

Levantó la vista hasta donde se podía ver algo. Casi no percibía nada. La lluvia era muy intensa y unida a la neblina casi le impedían ver algo en aquella oscuridad y por un momento se preguntó... ¿qué diablos hago yo aquí, a estas horas?, pero ya era tarde para eso, sólo restaba entrar, y girar la llave, que abriría aquella enorme puerta, que más bien parecía el portal de una hacienda de la edad media.

Giró dos veces la llave y casi a ciegas entró. Buscó entre los bolsillos, un mechero que a duras penas consiguió encender después de varios intentos.

¡Dios mío, aquello no se parecía en nada a lo que él, había imaginado, sobre aquella casa! Acertó ver un sofá medio caído, que puso de pie, e intentó descansar un rato, adoptando la mejor postura que pudo conseguir. Estaba muy cansado. Fuera, la estrepitosa tormenta hacía presagiar una noche que iba a ser recordada por él, durante mucho tiempo.

Mientras cerraba los ojos por un momento, pensó que tendría que buscar la caja de fusibles en cuanto descansara un rato, ya que tendría que haber una en algún lugar de la casa. Después de un rato dando vueltas en aquel sofá, sin poder dormir, se levantó y buscó a tientas cuidadosamente por toda la pared, pero fue en vano, nada, ni rastro. Claro, estas casas antiguas, solían tener los fusibles fuera del compartimento habitado. Seguro que cuando se construyó, no existían todas esas normativas de letra pequeña, que tan importantes son hoy en la actualidad.

Una pequeña puerta que parecía más bien un trastero, cerca de la entrada de la casa, confirmó su sospecha. La fregona, el cepillo y otros útiles de limpieza estaban allí. ¡Bingo! ¡allí estaba la dichosa caja!, la abrió y tiró de la palanca de encendido hacia arriba. La estancia se iluminó, pero la intensidad de la luz era muy deficiente.

- ¡Vaya deprimente sistema eléctrico poseía la casa! - pensó.

- ¡Claro! construida en 1870, poca reforma había recibido por parte de los antiguos dueños, pero era mejor eso que estar a oscuras- murmuró.

Bueno, ahora se trataba de pasar, lo que quedaba de la noche lo mejor posible y ya mañana, se verían las cosas con otra perspectiva. Quitó unas sábanas que cubrían unos viejos muebles y las colocó sobre el sofá, para poder dormir algo si fuera posible.

Un parpadeo en el alumbrado le indicó que, en cualquier momento, se quedaría a dos velas debido a la tormenta. Y así fue. Intentando ser positivo, se recostó sobre aquel incómodo sofá, y buscó algo de comodidad dentro de lo posible.

Todo era silencio y, mientras miraba por una de esas ventanas de cristales sucios y envejecidos por el paso del tiempo, que de vez en cuando iluminaban la estancia, pensó en Cloe, su amor, su querida novia, que estaba a cientos de kilómetros de allí.

Con la mirada puesta en aquella ventana, sus ojos intentaron cerrarse lentamente.

- Un sueñecito me vendría bien- susurró- y cerró los ojos.

Afuera, el viento arreciaba entre las rendijas de las ventanas, una lánguida melodía casi espectral, que parecían cánticos de sirenas, como si de llantos de niños se tratara.

El sonido de una lejana campana, le sobresaltó,

- ¡Vaya!, creo que me he dormido - pensó. - Miró su reloj, solamente habían pasado unos minutos desde la última vez.

Algo, no encajaba en el tiempo transcurrido, parecía haber estado allí ya unas horas y, sin embargo, las manecillas del reloj apenas se habían movido.

Aquel hecho le estuvo preocupando durante un buen rato, tratando de dar una explicación lógica a lo que allí acontecía.

Bajo aquella oscuridad se sentía solo, indefenso y a merced de lo que pudiera suceder, y totalmente receptivo a todo lo que le rodeaba, sintió la adrenalina fluir por todo su cuerpo, dotándole de las defensas necesarias para el acontecimiento que intuía y que pronto se avecinaba.

Con las pupilas dilatadas, notaba como su corazón le latía muy deprisa, intentando acaparar todo el oxígeno necesario, un fuerte dolor le recorrió la espalda, mientras un sudor frío, le bajaba por su cara. El llanto de un bebé le había puesto en aquella situación tan incómoda.

Aquel sonido provenía de la parte alta de la casa.

- ¡Dios mío, un bebé allí!, se acercó hacia la escalera de caracol que conducía a las habitaciones principales.

Inclinándose hacia el centro de la escalera, en un gesto de precaución, adelantó la cabeza para escuchar mejor y mirar hacia arriba.

Efectivamente el llanto corto, pero perfectamente audible, se volvió a escuchar. Sin lugar a duda eran los gemidos de un niño pequeño.

Casi helado, por un frío que le bajaba por la espalda y que apenas le permitía moverse, permaneció estático, casi rígido y no daba crédito a lo que sus ojos veían.

Dirigió su vista hacia la parte central del pasamanos y miró hacia arriba horrorizado. ¡Dios mío!, lo que allí vio no podía ser verdad, sus ojos parecían sobresalir de sus órbitas

y, acercando su cuerpo al filo de la escalera miró atónito hacia arriba, para asegurarse una vez más, que aquello no era una ilusión.

Un niño, asomaba su cara por entre los barrotes de madera de la escalera, un niño pequeño, de sólo unos meses, le miraba y le sonreía.

Retrocedió varios metros hacia atrás en un intento de sobreponerse y buscar un poco de aliento a lo que estaba viviendo. Respiraba con dificultad, y haciendo acopio de toda la serenidad que en un momento así se puede tener, se dispuso a salir lanzado hacia arriba a toda velocidad; y que fuera lo que Dios quisiera, se dijo para sí. Y armándose de valor, se dispuso a salir corriendo escaleras arriba. La tensión era máxima, su cuerpo rígido, estaba preparado para la acción.

Y en el último segundo... ¡Señor, Señor!, ¿le ocurre algo? John giró la cabeza y quedó más sorprendido si cabe. Una mujer entrada en años, con el pelo blanco y recogido hacia atrás, y que además vestía como una cortesana del siglo XVI, le daba palmadas sobre el hombro, sacándole de aquel extraño sueño. Ambos se miraron fijamente. Sus ojos abiertos como platos se posaron sobre aquella mujer que no paraba de zarandearle.

John que no daba crédito a lo que estaba pasando, tardó varios minutos en recuperarse asumiendo que todo había sido un mal sueño y, lo único que ansiaba en aquel momento era una simple y sencilla explicación.

Mirándola fijamente a los ojos, John exclamó:

- ¡Por el amor de Dios! ¿quién es usted, y qué hace aquí en mi casa?

La mujer adoptando una postura firme y contundente, contestó:

- ¡Soy la Sra. Enriet, ama de llaves de esta casa! ¿Y usted, qué hace aquí? ¡Señor!, está usted en una propiedad privada y no le conozco de nada -dijo la mujer en un tono suave pero firme.

John intentando recomponer su figura, acicalándose el traje, se acercó a aquella mujer con ánimo de saludarla, extendiendo la mano y, con una forzada sonrisa debido a la grotesca situación, le dijo:

-Perdone usted, he debido quedarme dormido. Me llamo John y soy el propietario de esta casa, quizás la agencia tendría que haber hablado con usted. No sé, algún error

debe haberse cometido. Verá usted, soy escritor y me interesé por la casa en cuanto la vi ya que me ofrece muchas posibilidades para trabajar sobre mi próxima novela, por el entorno tan natural y esa cercanía al mar que tanto me gusta. Entiendo su malestar y siento haber entrado sin antes llamar, pero no pensé que la casa estuviera habitada, además parecía tan oscura, sin ninguna luz exterior que me advirtiera que allí moraba alguien.

Poniéndose en pie y corrigiendo la postura, demostrando su caballerosidad como un auténtico gentleman, John se inclinó ante aquella mujer y alargó su mano con intención de saludarla de la forma más correcta posible.

La dueña de aquella huesuda mano, esbozó una ligera mueca, que John percibió como una leve sonrisa.

Explicó a la extraña mujer, la rapidez con que todo el papeleo se había hecho con la inmobiliaria, sus prisas por llegar, el estrés acumulado y sus tan ansiadas y merecidas vacaciones, habrían sido la causa de su precipitada llegada, olvidándose de esos pequeños detalles que, para él, casi no tenían importancia, cayendo ahora en la cuenta de que se había precipitado estrepitosamente.

La mujer, bastante comprensiva, le explicó que su permanencia allí, en aquella casa, databa de siempre, pues ella, había nacido allí. Pero que no había conocido a sus anteriores propietarios porque habían desaparecido en un trágico naufragio, acaecido en las frías aguas de Terranova, donde habían fallecido más de 2700 personas en una terrible tragedia en el mar.

- ¿No se llamaría el barco... Titanic, por casualidad? -preguntó con muchísimo interés.

La conversación entre John y la señora Enriet, entró en otra dinámica, él preguntaba cosas y ella, entusiasmada, respondía con todo lujo de detalles.

Era ya muy tarde y la señora Enriet levantándose de golpe, le miró fijamente a la cara, y sin más preámbulos le dijo:

-Sr. John, es para mí un placer estar a su servicio, intentaré que su estancia en ésta su casa, sea lo más cómoda posible y, estoy a su entera disposición, para lo que tenga a bien ordenar, siempre que a usted le parezca bien.

John asintió con la cabeza, en señal de aprobación a las palabras de aquella mujer, pensando que sería una excelente idea contar con sus servicios y así poder concentrarse mejor en su trabajo.

- Es ya muy tarde, y necesito descansar.

-Por supuesto Sra. Enriet, retírese usted por favor, y que tenga dulces sueños. -dijo intentando ser amable. - Mañana, terminaremos esta charla tan amena para mí.

Inclinándose, le deseó buenas noches. Aquella extraña mujer se dio media vuelta y salió de la estancia iluminando su camino con un pequeño portavelas que intentaba proteger del sutil aire que producía al caminar, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Sentado sobre la cama, John intentaba poner su cabeza en orden, ya que todos aquellos acontecimientos acaecidos en tan poco tiempo, le habían trastocado un poco. Además, aquella insólita mujer parecía haber salido de la nada, sin previo aviso, dejándole una extraña sensación además de una ligera inquietud. Por otro lado, su presencia en aquella casa, le daba un aire distinguido que, a decir verdad, a él tampoco le disgustaba.

Trinos de ángeles parecían aquellos pájaros que revoloteaban por los jardines de la casa mientras el sol, se abría paso por entre las rendijas de la enorme puerta de madera, proyectando su luz, como finos hilos, iluminando así toda la habitación. Entreabrió los ojos, cubriéndose con la mano, mientras se ponía en pie. ¡Dios! le dolía todo el cuerpo, la postura adquirida en aquel horrible e incómodo sillón, le había producido una tremenda contractura cervical, que en aquel momento le estaba pasando factura.

Una ducha fría y un buen desayuno, ¡seguro serían el remedio ideal! – pensó, mientras movía el cuello de un lado hacia el otro con el fin de encajar sus doloridas y maltrechas vértebras.

-Buscaré un sitio donde desayunar, y luego llamaré a Cloe. - se dijo para sí- pues la conocía muy bien, en su perfil siempre tan protector, para que tuviera noticias suyas y no se preocupara en exceso.

Antes de salir hacia la puerta, algo le detuvo. Un pensamiento terrible, le asaltó al instante.

¿Y el bebé de aquel extraño sueño de anoche?, aquella carita triste, de lánguida mirada, tendría que significar algo. Una sensación de frío, sin saber muy bien porqué, le puso los pelos como escarpas y le devolvieron al momento vivido la noche anterior. Volvió a mirar hacia arriba, al final de la escalera, donde todo había sucedido y sintió deseos de subir, pero su estómago le arañaba interiormente produciéndole un dolor terrible.

Abrió la puerta y salió decidido, dejando para cuando regresara, la subida a esa parte de la casa que aún no conocía.

El tibio sol de la mañana iluminaba el inmenso prado, los pájaros se arremolinaban ante un precioso y no menos frondoso alcornoque que intuyó, sería el punto de reunión diario de aquellas bandadas de pájaros que, con un alegre pero bullicioso trinar, daban un aspecto de fábula a toda la zona. Echó una última mirada al entorno que le pareció de una belleza sin igual, y colocándose un cigarrillo entre los labios murmuró:

-Parece que hoy será un buen día, y se dirigió a su auto con paso firme y dispuesto a empezar aquella preciosa jornada que tanto prometía.

Mientras conducía pensaba... ¿y la Sra. Enriet?, ¿cómo no la había visto? ¿Por qué no había tenido constancia de su llegada? además, no parecía tener su habitación dentro de la casa... en realidad ¿quién era? Por otro lado, había sido muy amable y dentro de su carácter frío y su semblante serio, se había mostrado bastante receptiva durante la conversación de la pasada noche.

No era un pueblo muy grande, pasó por delante de una gasolinera que parecía estar desierta y atravesó unas cuantas manzanas de casas de estilo colonial que parecían estar en muy buen estado, pintadas todas con ese clásico blanco y rematadas con esas columnas frontales, con encantadores porches en la entrada, así como las siempre entrañables vallas de madera terminadas en punta, que delimitaban tan bien, los cercados de aquellas hermosas viviendas.

Después de ver pasar varios comercios, un taller de mecánica con un letrero tan viejo y adornado con esas coloridas luces de neón que casi no se mantenía en pie, pues sólo estaba cogido por una de sus aristas, y mecido como una cuna por la leve brisa que en aquel momento soplaban, divisó lo que parecía un pequeño restaurante, donde sin pensarlo dos veces, detuvo su auto.

Aquellas callejuelas no tenían la vida de una gran ciudad, como era lógico, pero sí divisó grupos de lugareños que deambulaban de un lado para otro de una forma tan natural como si fuera cualquier otro pueblo de la región.

Nada parecía inusual, sin embargo, en su interior, algo le decía que parecía estar viviendo una situación extraña, algo que de alguna forma no sabría expresar, un ambiente diferente que le hacía estar pendiente de lo que ocurría a su alrededor.

Guardó las gafas de sol en la guantera de su auto y se dispuso a entrar en aquel local. Una canción de Kenny Rogers sonaba en una vieja gramola, digna de cualquier coleccionista, y eligiendo una mesa, al lado de una ventana, se sentó y observó el ambiente que allí reinaba. La mayoría eran camioneros, gente de aspecto rudo y desaliñado que devoraban el desayuno, levantando la cabeza sólo para beber un trago de café.

En otra mesa más lejos, un tipo vestido con uniforme y una placa colgada en su camisa, le observaba descaradamente sin quitarle ojo. John no era esa clase de tipo que rehusara la mirada de nadie, cuando alguien descaradamente le observaba pero, tratándose de la autoridad, pensó que lo mejor sería ir a lo suyo y preocuparse del tan ansiado desayuno.

-Buenos días, ¿qué va a ser? - le preguntó una chica muy guapa, que le sonreía. Morena y con el pelo recogido con un precioso pañuelo azul que hacía juego con el color de sus ojos.

John sin dudar le respondió enseguida mientras ella apuntaba en una casi destrozada libreta.

- ¿No parece usted de por aquí, verdad? ¿está de paso? - la chica no esperó la respuesta porque enseguida se marchó, contoneándose que era una auténtica delicia, mientras John la observaba mientras se iba.

El tipo de la placa le seguía mirando de vez en cuando, cosa que, a John, ya le empezaba a molestar, pues era demasiado indiscreto y no entendía porqué esa fijación en él.

Unos huevos fritos con bacon y un zumo de naranja, le habían devuelto a la realidad.

- ¿Desea alguna cosa más? ¿quizás café? - le preguntó la camarera con la cafetera en ristre.

-Sí, muchas gracias.

Era atractiva, delgada y no parecía tener más de 30 años. - ¿Va usted de paso sr.? le volvió a preguntar.

-John, mi nombre es John, soy escritor y este pueblo me pareció un sitio genial para el trabajo que tengo en mente. Bueno, la realidad es que he comprado la casa que está en las afueras, la que está...

-Sí, lo sé, la que está casi en ruinas, la de los Adams. - respondió ella. Y con un tono algo irónico le dijo:

- ¿Supongo que se la habrán dejado barata?

- ¿Por qué dice eso?

- ¿Es que... no lo sabe?

-Explíquese por favor, acabo de llegar y aun no estoy al día sobre algunas cosas.

-Permítame usted, y acercando una silla a la mesa, se sentó a su lado, olvidándose por completo de la clientela que allí se encontraba, hecho que a John le pareció algo raro. Y con un aire desenfadado y dando la sensación de que ya se conocían, puso una sonrisa en su bonita boca ofreciéndole su mano, que John estrechó con mucha suavidad devolviéndole otra sonrisa.

Ella le dijo en tono bajo, no sin antes asegurarse de que nadie estaba pendiente de ellos, salvo aquel policía que seguía mirándolos de vez en cuando, y que en aquel momento se levantaba de la mesa apurando aquel café, pues una voz entrecortada había dicho algo sobre un accidente en la carretera comarcal por el micrófono del walkie talkie que llevaba colgado en su chaqueta, y que casi todo el mundo allí presente escuchó.

-Me llamo Marian. Permítame contarle que hace unos años se produjo allí un terrible suceso que conmocionó a todo el pueblo.

John escuchaba con mucha atención la explicación que aquella muchacha le relataba. Mientras lo hacía, la observó detenidamente, tenía unos ojos azules enormes, la boca bien perfilada, sus labios pintados de un tono rosa le daban un aire bastante juvenil. Realmente era una mujer muy bella. Le dijo que, durante el parto de la antigua inquilina, la señora Elizabeth, algo había salido mal; le explicó, que la comadrona del pueblo, salió de allí corriendo como alma que lleva el diablo, para no volver nunca más por el pueblo,

desapareciendo incluso del Estado cuando la policía quiso tomarle declaración; siendo imposible que su testimonio aportara toda la verdad, pues había sido ella la más directa implicada en todo aquel feo asunto, archivándose el caso, por no haberla localizado nunca la policía, y desapareciendo para siempre sin dejar el mínimo rastro.

Al parecer, la criatura no era del todo normal, una extraña enfermedad en su cara había transformado aquella familia que, en un principio, parecía tan feliz.

El padre, el Sr. Adams, no se había tomado muy bien la llegada de su nuevo hijo.

Su deformidad contraída por una enfermedad rara y poco conocida sólo había traído la desgracia a aquella familia.

Todo en aquella casa paulatinamente empezó a cambiar; ya no asistían a misa los domingos, como era habitual, dejó de cosechar la tierra, para dedicarse a la bebida y mantener largas trifulcas en el bar junto a otros borrachos. Solía llegar muy tarde a su casa, bebido y casi cayéndose por el alcohol. Consumido por el dolor y la ira, gritaba y pegaba a su esposa casi a diario. Ella, abnegada y dedicada totalmente a la casa y a su hijo, trabajaba hasta la puesta del sol, como una esclava.

Hasta que una noche de tantas, inesperadamente, la Sra. Elizabeth entró en el bar, con la cara desencajada, y con las manos y el pecho manchados de sangre. Portaba un enorme cuchillo en su mano, y balbuceaba...”lo he matado, he acabado con él, ya no me acosará más”. El susto y el miedo para los que allí se encontraban fue mayúsculo. Y delante de todos los que allí se encontraban, se rebanó el cuello, cortándose de lleno la yugular. Cayendo al suelo, produciendo un golpe brusco y seco, quedó envuelta en un inmenso charco de sangre ante la mirada de horror de todos los presentes.

Alguien avisó a la policía y, aquel pequeño pueblo, tan tranquilo, donde nunca pasaba nada, se llenó de luces y sirenas.

Una ambulancia la trasladó al hospital más cercano, donde ya nada se pudo hacer por ella. Había pasado lo que todos temían desde hacía ya mucho tiempo, pero lo que nadie esperaba es que se cambiaran las tornas de la manera que había sucedido, ya que era él el que siempre amenazaba con matarla, y lo comentaba siempre que se encontraba ebrio, y con un par de copas.

Nadie podría llegar a pensar que tal acontecimiento se llevara a cabo y menos por parte de su mujer que, aunque todos sabían lo mal que lo estaba pasando, a nadie se le hubiera ocurrido pensar tal cosa. Además, Elizabeth siempre fue una mujer muy querida por todos, ya que perteneció a una de las familias más nobles y respetadas de la zona.

Al llegar la policía se encontraron con un panorama dantesco pues después de matarle, colgó su cabeza del porche de la casa, como si de un importante trofeo de caza se tratara.

El FBI se encargó del caso y hasta los federales estuvieron allí, intentando esclarecer cómo aquella mujer, había sido capaz de hacer algo semejante.

Pedazos de carne y trozos de cráneo, se encontraron esparcidos por toda la casa en un macabro escenario que parecía estar hecho por el más sanguinario de los asesinos.

John, estupefacto por lo que había escuchado de aquella mujer, cubrió su rostro con sus dos manos, intentando encajar lo horrible de la historia que aquella chica le había contado. Y mirándole a los ojos le dijo:

-Le agradezco su sinceridad y creo que, de haberlo sabido, jamás hubiera aceptado la compra de la dichosa casa.

- ¿Sería posible hacer una llamada? ¿hay teléfono aquí?

- Sí claro, allí lo tiene y disculpe por la franqueza de mis palabras, pero creo que era mi deber como persona, y vecina del pueblo, advertirle de tal circunstancia.

- Estas inmobiliarias con tal de vender son capaces de omitir cualquier información adicional con tal de deshacerse de la casa.

Se dirigió hacia el teléfono situado al final del pasillo, descolgó el auricular y una agradable voz femenina le preguntó:

- ¿Con quién desea hablar?

-Señorita, ésta es una llamada a la larga distancia... con New York, por favor.

Al tercer tono una voz femenina y dulce respondió:

-¿Dígame?

-Soy yo cariño, perdóname por no haberte llamado antes, pero me fue imposible.

- ¡John, cielo santo, menos mal! estaba ya muy preocupada, no sé nada de ti, desde el viernes, ¿estás bien? Te noto algo raro.

-Cloe escucha, estoy en... me hospedo en una casa que he comprado en las afueras del pueblo y me han pasado algunas cosas extrañas que necesito contarte.

-Intentaré estar allí lo antes posible, le pediré el coche a Ted.

-Cloe, ya sabes lo que te pasó con él la última vez que le pediste prestado el coche, y no me extraña, yo hubiera reaccionado igual, tienes un hermano con mucha paciencia.

-Me da igual cielo, estaré allí por la noche si todo va bien. ¿Te parece?

-Tengo ganas de tenerte aquí sabes, extraño tu calor en mi cama y lo dulce que siempre eres.

-Mi amor, te recompensaré con creces, ya verás, además me he comprado unos trapitos para nuestros paseos por el lugar y estoy ansiosa por ponérmelos para ti.

-Entonces hasta la noche, princesa, estoy muy ansioso por tenerte aquí, no te imaginas lo que te extraño. Y, por favor, ten mucho ojo con la carretera, tiene demasiadas curvas y, sobre todo, procura no dormirte ¿vale?

-No te preocupes tonto, todo irá bien, un beso y hasta la noche., te extraño mucho, lo sabes ¿verdad?

-Por cierto, no te olvides la cámara y trae también el equipo de fotografía, ¿vale?

-Eso está hecho, me gusta la idea, chao cielo.

John salió del restaurante, no sin antes agradecerle a Marian toda la confianza y la información que le había proporcionado y se despidió de ella, prometiéndole volver por allí otro día.

Aparcó su coche delante del porche de la casa y se dispuso a salir, cuando escuchó un grito de mujer. Abrió rápidamente la puerta del auto y salió corriendo hacia la casa.

Cuando abrió la puerta todo estaba igual que cuando lo dejó por la mañana, nada había cambiado, excepto una cosa... su sagaz memoria le decía que aquel reloj de la pared, no podía estar marcando lo que ponía en la esfera, era imposible, sólo habían pasado 10 minutos desde que salió de la casa la última vez. Se acercó a él, para observarlo con

detenimiento cuando... notó que algo, o alguien, estaba detrás de él, un escalofrío y la cara de aquel bebé, o lo que fuera, se reflejaron en su mente por una milésima de segundo. Giro rápidamente la cabeza y.... allí estaba la Sra. Enriet frente a él.

- Sr. John... buenos días, hace un día precioso, ¿no le parece?

- ¡Sra. Enriet vaya, no la esperaba aquí!, yo... pensé... que la casa estaba vacía y....

- Todos los días desde hace ya 50 años, realizo mis deberes en esta casa, sin fallar un sólo día, ¿sabe usted?

- ¡Oh! no se enfade usted Sra. Enriet, soy un estúpido, debí imaginar que usted estaría aquí, en sus cosas, discúlpeme no he podido dormir bien esta noche y creo que, la falta de descanso, me produce cierta inquietud. Por cierto, ¿en qué parte de la casa, reside usted? espero no le disguste mi pregunta, pero, algunas cosas no me encajan en este asunto.

La Sra. Enriet le miró y haciendo una pausa, que más bien pareció, una eternidad le dijo, con esa voz que la caracterizaba:

- La casa dispone de piso bajo, construido en la segunda guerra mundial, con el fin de proteger a la familia de posibles bombardeos, una especie de bunker con pasadizos para una fuga, en caso de necesitarse.

- ¡Vaya!, ignoraba que la casa fuera asediada por las tropas alemanas.

- ¿Quiere usted verlo, con sus propios ojos?

John vacilando en su respuesta por un momento,

-Pues sí, creo que me gustaría ver lo que dice.

-Sígame por favor.

John siguió a aquella misteriosa mujer por un entramado de pasadizos, estuvieron entrando y saliendo de habitaciones sin puertas que parecían que no conducían a ningún sitio, hasta que de repente, se paró frente a una puerta de madera muy antigua.

-Sr John, lo que va a ver, le superará a nivel emocional, espero esté usted preparado para tal evento.

John asintió con la cabeza, mientras intentaba tragar un nudo enorme que se le había puesto en la garganta.

Cuando la Sra. Enriet abrió la puerta, se quedó atónito... un enorme salón decorado con utensilios y enseres que pertenecían a otro siglo, quizás el XVII. John no salía de su asombro, era como estar en otra época totalmente opuesta a la actual, grandes cortinas resbalaban por las ventanas, decoradas con cordones color oro, una alfombra que cubría todo el espacio transitable, muebles tipo francés, sillas, mesas, alacenas, sofás, etc., daban un aire solemne al pintoresco sitio donde le había llevado la Sra. Enriet, todo culminado por una fantástica lámpara de araña que colgaba del techo, como si de un cuento de hadas se tratara.

-Pero, ¿dónde estamos? ¿es esto posible? el piso estaba tan brillante que podía ver su silueta perfectamente, como si de un espejo se tratara. ¿Vive usted aquí? -preguntó John, con cara de asombro.

-Pues sí, aunque no disfruto de la comodidad de toda la estancia, ya que mis aposentos están más adentro aún, pero creo que mi habitación carece de importancia en estos momentos, ¿verdad Sr. John?

Estaba estupefacto, ¿cómo era posible que debajo de aquella casa, pudiera encontrarse esta mansión, tan espectacular? Unas escaleras de mármol conducían hasta la parte alta, John miró hacia arriba e intentó ver algo más allá del primer piso, pero fue imposible.

-Sr. John, creo que ha llegado el momento de presentarle a alguien muy importante para mí.

John miró, a la Sra. Enriet y haciendo un gesto de aprobación, se la quedó mirando.

- ¿Alguien? ¿a qué se refiere con eso? ¿no estamos solos?

La Sra. Enriet dibujó una sonrisa en su cara, en realidad era como una mueca grotesca, que a John no le gustó nada.

Mientras, un coche llegaba a la casa, haciendo sonar la bocina.

-Parece que tiene usted una visita, Sr. John.

-Sí, creo que se trata de Cloe, iré a recibirla. Creo que será mejor dejar las presentaciones para otro momento, si a usted no le importa, claro.

La Sra. Enriet asintió con la cabeza, -no se preocupe, habrá más oportunidades, vaya usted a recibir a esa señorita sin más demora.

¿Cómo sabía la Sra. Enriet que se trataba de una mujer?

-Ah, y discúlpeme ante ese alguien, dígame que no se puede hacer esperar a una mujer, que volveremos a encontrarnos en otro momento.

-No lo dude Sr. John, así será, vaya al encuentro de ella, yo subiré más tarde, si no tiene inconveniente.

John abrazó a Cloe, como si hubieran pasado varios años sin verla. Su llegada era para él como un chorro de agua fresca, después de todo lo que le había sucedido desde su llegada a aquel peculiar pueblo.

-Estás guapísima, ¿cómo ha ido el viaje? - le preguntó.

-Bien, John, un poco cansada, pero todo ha ido bien.

-Ven, entremos en la casa, tengo un montón de cosas que contarte.

John cogió de la mano a Cloe y se dispuso a entrar en la casa, no sin antes advertirle, que no había tenido tiempo de limpiar y que el desorden que iba a encontrar, era producto de su falta de tiempo.

Cuando entraron en la casa, John no daba crédito a lo que sus ojos contemplaban. ¡La casa estaba perfectamente limpia y arreglada, todo estaba perfectamente colocado y en su sitio, y ¡recogido! Iluminada perfectamente, parecía que realmente no se encontraba en el mismo lugar. John no entendía nada, y allí de pie frente a la chimenea, se encontraba la Sra. Enriet, con una sonrisa y un semblante que jamás pensó, que podía tener.

- ¡Vaya, qué mentiroso eres John, menuda sorpresa me has preparado listillo!

Cloe estaba fascinada con la sorpresa, pues no se esperaba un hábitat tan elegante y de tanto prestigio.

- Es que ¿no me vas a presentar? - dijo Cloe, con aire jovial y desenfadado.

-Sí, claro..... Cloe, te presento a la Sra. Enriet, ama de llaves de esta casa -dijo John intentando mantener el tipo en todo momento. Estaba tan sorprendido y al mismo tiempo tan contento por la sorpresa, que no entendía cómo aquella mujer, había tenido tiempo de arreglarlo todo tan rápidamente.

-Srta. Cloe, es para mí un placer conocerla y tenerla como huésped en esta casa y por supuesto, procurar que se sienta a gusto en ella, ese será mi primer cometido. Sea usted bienvenida.

Cloe se acercó a ella y extendió su mano en señal de saludo, la Sra. Enriet le cogió la mano y Cloe sintió un frío que le recorrió todo el cuerpo, parecía que aquella mujer estuviese muerta, pues el contacto con su mano fue frío y desagradable, como si estuviera muerta.

- Bien, hechas ya las presentaciones, quiero que conozcas el resto de la casa- dijo John.

Cloe exploró toda la estancia con detenimiento, sabía muy bien, lo que le rodeaba, por sus estudios de arte y su dedicación durante años, sobre la restauración de bienes antiguos. Cloe estaba encantada, iba y venía por toda la casa, dando saltos de alegría, mientras elogiaba a John, por su buen gusto, y la mayúscula sorpresa que se había llevado.

En un momento dado, mientras Cloe observaba un cuadro, la Sra. Enriet guiñó un ojo a John, en señal de complicidad. Él no entendía, ¿cómo se las había arreglado aquella mujer para tenerlo todo tan limpio y exquisitamente arreglado? pero ahora, aquello carecía de la más mínima importancia, lo importante era que Cloe se había llevado una buena sorpresa y ya no tendría que preocuparse por el estado decrepito de aquella casa.

Llegada la noche, John comentó con Cloe todo lo que le había pasado desde que llegó al pueblo, hablando y hablando sin pasar. Ella escuchaba con los ojos abiertos, casi se le salían de las orbitas; le explicó la aparición de aquella mujer tan extraña, el sueño tan real de aquella criatura en la escalera, la trágica muerte de sus habitantes y el desconcierto del pueblo por lo queridos que fueron al principio, cuando tomaron posesión de la casa.

Le explicó las visitas que se sucedieron durante mucho tiempo, dado el estado avanzado de gestación que tenía la Sra. Elizabeth y, que este hecho, molestaba mucho al Sr. Adams que, desaparecía por la mañana y aparecía por la noche, cuando ya todos se habían ido.

Intentaba así no tropezarse con los molestos vecinos que se acercaban por allí a medida que el momento del tan ansiado parto, se acercaba.

Le explicó que la botella de ron le acompañaba siempre en estas ausencias, durante muchas noches y que en muchas ocasiones fue la causa de muchas peleas entre ellos, pues en su estado de embriaguez, la forzaba a yacer con él, sin respetar su avanzado estado de gestación, produciéndole unos dolores terribles que solían acabar en unos fuertes sangrados.

Cloe, recostada sobre la almohada, con los ojos casi cerrados murmuraba algo en voz baja, que apenas él podía entender. John la arropó con la manta de terciopelo que cubría la enorme cama, y la besó en los labios. Acto seguido, apagó la luz de la mesita de noche, y la miró; realmente estaba preciosa, su pelo suelto enmarañado sobre la almohada, reflejaban la luz tenue de la luna llena, que entraba por uno de los ventanales, dándole realmente un aire celestial, era como estar viendo un ángel, pensó.

Abrió la puerta con cuidado para no hacer ruido, y salió de la habitación, pues estaba claro que el viaje y tantas horas al volante, la habían dejado exhausta.

No tenía sueño, por lo que decidió salir al porche y respirar un poco de aire fresco.

Una copa de bourbon bajo la luz de las estrellas y un cigarrillo, estaría bien antes de acostarse, pensó.

Una encantadora luna llena brillaba en el cielo iluminando el páramo de una forma mágica. Se escuchaban los grillos y cientos de insectos se arremolinaban ante la farola que se encontraba a la entrada del gran portalón de la hacienda, como si de un auténtico enjambre de abejas fuera. Encendió el cigarrillo y dio un buen trago a aquel licor,

Era una noche preciosa sin lugar dudas, y acabando el cigarrillo con esa última calada, expiró todo aquel humo que parecía formar una espectral imagen, que luego simplemente desapareció muy lentamente.

Su reloj de pulsera marcaba las dos de la madrugada y aunque la noche era magnífica, decidió entrar en la casa e intentar dormir algo. Echó un último vistazo antes de entrar y se percató que, en un cuarto de madera, donde se guardaban las herramientas de labranza, una luz permanecía encendida. Aquello llamó su atención y pensó que lo mejor sería acercarse y apagarla, ya que sería un gasto innecesario, que con un leve paseo podía

solucionarlo y además le vendría bien estirar un poco las piernas y así haría un poco de ejercicio antes de acostarse.

Lentamente sus pasos le llevaron hasta aquella caseta de madera que parecía tener la puerta abierta. Se acercó y abrió lentamente la puerta para encontrarse ante alguien que agachado rebuscaba entre los enseres que allí había.

El chirriar de la vieja puerta alertó a aquella persona que, con un hacha en la mano, salió disparado hacia John más con la intención de querer escapar de allí que de hacerle ningún daño.

Apenas tuvo tiempo para reaccionar y siendo empujado por aquel intruso cayó de bruces contra un montón de herramientas golpeándose fuertemente en la pierna, no pudo verle la cara, sólo pudo ver como aquel hombre, salía despedido del pequeño habitáculo a una velocidad atroz.

Aquel acontecimiento sólo lo compartió con Cloe al día siguiente y, gracias a Dios, únicamente una pequeña herida sin importancia le había quedado de aquel desagradable y fortuito encuentro. No quiso darle más importancia, seguramente se trataría de algún ratero en busca de algunas herramientas para luego mal vender y procurarse algún tipo de sustento, ya que por la forma en que la que iba vestido, así lo dedujo.

No obstante, la presencia de un carpintero, que arregló los desperfectos de la caseta al día siguiente le dejó más tranquilo y acordó con Cloe no comentar los hechos a la Sra. Enriet hasta que de alguna forma todo se aclarara.

Transcurridos ya algunos días, las cosas parecía que tomaban otra perspectiva.

Enterada ya Cloe de todo lo sucedido, decidieron intentar investigar como si fueran dos agentes secretos.

Indagaban entre los lugareños, intentando llegar a ellos con astucia.

Una familia de pastores les hablaron de algunas historias que sus abuelos les habían contado y les relataban leyendas en las que hubo un tiempo en que no se podía penetrar en el bosque, entrada ya la noche, porque algunas personas desaparecían sin dejar rastro, y ya no se sabía más de ellos, y los que conseguían regresar, ya no eran los mismos. Hablaban de un enorme perro de color negro y de su gigantesca boca llena de afilados

dientes y grandes colmillos que babeaba abundantemente, pero lo que más les llamó la atención eran sus grandes ojos de color rojo que brillaban en la oscuridad, produciéndoles un aterrador miedo que les dejaba paralizados, momento que aquel gran “can” aprovechaba para devorarlos.

Nadie quería saber nada, aquellas personas guardaron para sí aquel secreto, convirtiéndose en un auténtico tabú, en realidad una leyenda que pasó de padres a hijos, y de la cual estaba totalmente prohibido hablar.

Mientras Cloe se ocupaba del trabajo de campo, John intentaba sacar los datos del archivo municipal, donde se tuvieron que haber recogidos los hechos del asesinato del Sr Adams y haberse registrado bajo la supervisión de un juez.

Menos mal que alguien, pasado ya algún tiempo, había tenido la gran idea de pasar todos los datos al ordenador del ayuntamiento y se podían ver a través del archivo municipal. No era tarea fácil buscar en los archivos, porque las fechas eran la clave para llegar a aquella noticia y precisamente eso era lo que le faltaba... fechas. Después de tres horas revisando archivos, encontró algo.

En una pequeña crónica se relataba cómo había sido la búsqueda del pequeño Adams de nombre Frank, hijo legítimo de Louis Adams y Elizabeth Adams.

El despliegue en la búsqueda fue mayúsculo, interviniendo en la crucial tarea, grupos de policías especializados del condado, así como un numeroso destacamento de montaña y portadores de perros adiestrados para tal fin. Se buscó en una extensa área que cubría más de cinco kilómetros de extensión, ya que el tiempo jugaba en contra del niño, pues las horas iban pasando y las esperanzas de encontrarle con vida se reducían cada vez más. La oficina del sheriff se acondicionó como base de coordinación siendo el centro neurálgico de todo aquel evento de búsqueda y donde se repartían las órdenes a cada uno de los grupos activos en la tan desesperada operación.

Después de varias horas de búsqueda y con el tiempo bastante desapacible, una llamada al puesto de mando hizo que todo el mundo saltara de júbilo, pues la llamada decía lo siguiente: ¡lo hemos encontrado, lo hemos encontrado! Al parecer, su cuerpo estaba al borde de un pequeño acantilado, cerca de una antigua mina abandonada.

Un traumatismo severo en la cabeza y algunas magulladuras, producidas por la caída desde un montículo situado cerca de la mina, eran en principio lo primero que se apreciaba en su pequeño cuerpo. No se movía, pues estaba inconsciente y en un estado bastante lamentable. Un helicóptero lo trasladó rápidamente al hospital San George, donde fue intervenido de urgencia por politraumatismo y una acuciante deshidratación tras permanecer más de doce horas perdido y deambulando por aquellos perdidos terrenos.

Los agentes que le encontraron, agradecieron mucho que portara una camiseta de color rojo que hizo más fácil su localización. La búsqueda del pequeño Adams había finalizado y por esta vez, todo había salido bastante bien, a pesar de las horas que estuvo perdido.

La idea de sacar a relucir el asunto en los principales periódicos del país, a pesar del tiempo transcurrido, le gustaba bastante; además seguro, podrían ganar algún dinero con alguna exclusiva que algún canal de tv podría ofrecerles.

La idea le pareció brillante, además Cloe, licenciada en periodismo, también podría aportarle el apoyo logístico que necesitaría.

Miró su reloj ¡Dios qué tarde es! había quedado en recoger a Cloe sobre mediodía y ya eran casi las dos. Apresuradamente salió del edificio en busca de su auto, bajó las escaleras rápidamente y cruzó mirando de reojo, pero no fue lo suficientemente rápido para evitar que aquel coche le embistiera. Afortunadamente, en el último instante haciendo un quiebro casi imposible, consiguió que solamente fuera el roce del chasis lo que impactase sobre su hombro, dio dos o tres vueltas sobre sí girando como si fuera una peonza y quedó tendido boca abajo sobre el asfalto.

Entreabrió los ojos mientras intentaba ponerse en pie y observó cómo una mujer se acercaba a él. Vio cómo se arrodillaba junto a él, e intentaba decirle algo que John no podía entender, y de repente, todo se oscureció.

Poco a poco la conciencia volvió a su mente, mientras esto sucedía intentó recordar lo que había pasado, se esforzaba pero, era imposible, no recordaba absolutamente nada, las ideas se le amontonaban y no era capaz de poner algo de orden en su maltrecha cabeza. Le molestaba mucho la claridad, y alguien pareció entenderlo y bajó la persiana, intentó pronunciar algo, pero de su boca, no salió nada.

Vencido por el dolor y el agotamiento se durmió plácidamente.

Cuando abrió los ojos lo primero que vio fue la cara de Cloe frente a él y, detrás suyo, se encontraba la camarera del bar, que con cara de preocupación le preguntaba, si se encontraba bien.

Intentó incorporarse pero sintió un pinchazo en el brazo, un catéter en vena, y una serie de mangueras a su alrededor le indicaron que lo mejor era estar quieto por el momento. Cloe explicó a John que se encontraba en el hospital del condado porque había sido atropellado en un accidente de automóvil y que había perdido el conocimiento, pero que todo estaba bien, ya que solamente había sufrido algunas magulladuras y un pequeño traumatismo en la cabeza y que, por precaución, los médicos habían decidido que permaneciera allí durante algunas horas, que le habían inyectado algunos sedantes y que esperaban a que el médico que le había atendido apareciera por la habitación en cualquier momento.

-Sr John perdóneme Usted, pero me fue imposible apartar el coche, apenas tuve tiempo de reaccionar - dijo Marian la camarera del bar.

- No se preocupe usted, tengo la cabeza bastante dura, creo que saldré de esta, gracias a Dios. - dijo John con aire irónico, y esforzando una sonrisa.

Acto seguido entró en la habitación el médico seguido de varias enfermeras, que a la orden del galeno empezaron a retirar a John todas esas mangueras que tanto le molestaban.

- Ha tenido usted mucha suerte Sr John, tiene que tener más cuidado en el futuro. Cruzar la calle tan improvisadamente es un peligro temerario, incluso en este pueblo tan pequeño. Sus constantes son normales, y quiero que se vaya usted a casa cuanto antes. Pero hay algo que me gustaría comentar con usted.

Acto seguido el Dr. Williams miró hacia las personas que se encontraban en la habitación y todos al unísono entendieron lo que tenían que hacer. Una vez estuvieron solos el médico le pregunto....

- Tengo entendido que reside usted en la vieja casa de los Adams, ¿es cierto?

-Así es doctor, soy escritor y quiero empezar una novela que tengo en mente desde hace ya mucho tiempo y la casa reúne todas las condiciones que andaba buscando para dicha tarea, aunque la verdad, tal y como se han desarrollado estos últimos acontecimientos no sé si la decisión ha sido la más correcta, pues un cúmulo de hechos algo extraños me han hecho reflexionar si no habré cometido un verdadero error.

-Explíquese Sr. John, pues no acabo de entenderle.

-Verá usted, la historia que encierra la casa es bastante sugestiva para cualquier persona dedicada a esta profesión a la que me dedico, pero creo que más allá de lo acontecido allí en el tiempo que llevo habitándola, sería demasiado para cualquier persona medianamente normal, ya que la casa parece estar envuelta en una especie de aura tan extraña, por todo lo que sucede allí, que espero no me supere a nivel emocional, ¿no sé si me puede entender usted? Estoy todavía algo confuso por el accidente y esos sedantes aún están haciendo su efecto.

-No se preocupe, le entiendo perfectamente y quiero aprovechar su presencia aquí. Parece que el destino ha querido que nos enfrentáramos cara a cara.

John se extrañó por aquellas palabras que escuchó del Dr. y le pidió por favor que se explicara con claridad.

Aquel médico entrado ya en años, le dijo que: “la noche en la que encontraron al pequeño Adams se encontraba él de guardia en el hospital y fue él quien practicó los primeros auxilios a aquel niño. Le dijo que, a pesar de su cara ya maltrecha, por una fastuosa negligencia producida por una persona poco cualificada para aquel tan complicado parto, aparecían heridas faciales bastantes profundas y tuvo que casi reconstruir nuevamente su carita, haciéndolo lo mejor que pudo, así como el resto de su pequeño cuerpo que presentaba múltiples heridas de distinta índole y gravedad. La verdad fue una muy difícil tarea que además se complicó con un paro cardíaco que sufrió mientras le intervenían en su ya destrozada carita, por llamar aquello de alguna forma”

John, escuchaba al médico con la máxima atención, intentando ponerse en la situación de aquel anciano, y en aquellos terribles momentos, imaginando cada frase y aquellos momentos vividos por salvarle la vida.

-Le agradezco todo lo que me está contando doctor, e intento ponerme en su situación, que debió ser muy complicada - comentó John.

-Pero, déjeme terminar lo que intento decirle, porque no acaba aquí la historia.

“Aquel muchacho de apenas cinco añitos, no quedó ingresado por bastante tiempo ya que sus heridas, y para sorpresa de todos, sanaron en un tiempo más que rápido, quedando únicamente unas pequeñas cicatrices, que en sólo dos meses desaparecieron para mi sorpresa y la de todos los colegas que le habíamos tratado. Luego empezaron los hechos que aún complican más esta historia, y fueron unas experiencias tan reales y que además, las viví tan intensamente, como el hecho de que ahora esté hablando con usted, y voy a pedirle su máxima discreción, no por mí, que ya tengo una edad y pensaba que lo había visto todo en mi larga experiencia como médico, sino por el prestigio de este hospital, al cual me debo desde hace ya muchísimos años y en el que quiero seguir trabajando mientras mis fuerzas me acompañen, ya que es a lo que siempre me he dedicado hacer”

John escuchaba con la máxima atención lo que aquel anciano le relataba y no se atrevía a preguntarle nada, ya que no quería perderse ningún detalle de aquella interesante e intrigante charla que le parecía, como menos, muy intrigante.

Le contó con todo lujo de detalles como progresaba diariamente en su recuperación de una forma extraordinaria, pero que, a la vez, una serie de hechos iban a acaparar toda la atención de aquel médico.

“En su estancia allí, apenas consiguió que fuera capaz de decir alguna palabra y que, para sorpresa de todos, era capaz de acercar un vaso de agua, así como cualquier objeto sin necesidad de cogerlo con sus manos, sólo lo miraba y cualquier objeto como por arte de magia se movía hacia él, acercándose sin que nada ni nadie físico le ayudara en su intento.

Siendo una verdadera atracción para el poco personal que allí se encontraba, digo pocos porque dado tan especial paciente requería un trato muy especial, fui yo quien redujo la entrada a su habitación, a sólo unos pocos especialistas que yo mismo elegí.

Estuvo en rehabilitación unos dos meses, pero no porque yo pensara que lo necesitaba a nivel físico, o de salud, sino porque aquella habilidad y una serie de hechos que ahora le relataré, me hicieron tomar aquella decisión de mantenerle allí por un tiempo más, ya que en mi vida había visto algo parecido y, la posibilidad de investigar algo tan insólito me

pareció desde un punto de vista científico, una verdadera oportunidad que no podía desaprovechar en pro de la medicina”

John bebió un trago de agua y se acomodó como pudo en aquella cama mientras el médico se sentaba a su lado acercando una silla, estaba claro que aquel hombre sentía la necesidad de hablar de lo ocurrido, sobre el pequeño Adams. Era como una especie de confesión, quizás una forma de expulsar de su interior algo que vivió in situ y que, por alguna razón, guardó para sí como un secreto que llevaría ya para siempre en su cabeza.

Le explicó que, “una noche, bastante tarde, mientras estaba fuera de servicio y en su casa recibió una angustiosa llamada del hospital. La enfermera jefa, la Sra. Miller, le requería urgentemente en las dependencias, pues algo bastante inusual estaba pasando en la habitación 222, que era precisamente la del pequeño Adams.

Casi sin terminar de vestirse y colocándose un abrigo encima, ya que en aquel momento la lluvia, seguida de mucho elemento eléctrico, arreciaba de una forma violenta sobre la zona.

No sin mucha dificultad consiguió llegar al hospital que se encontraba a unos doce kilómetros de su hacienda, pues los socavones que se habían producido por la lluvia y el estado de aquellas carreteras, más parecidas a caminos rurales que a cualquier otra cosa y la desesperación que llevaba por llegar cuanto antes, habían puesto en peligro su vida en más de una curva, con su ya viejo auto, que no daba muchas garantías para ir a tanta velocidad en aquella carrera contrarreloj.

Su frenada al llegar al hospital, casi le hace chocar con la valla metálica que rodeaba el recinto, dejando el auto arrancado y con las luces encendidas, pues no había tiempo para más. Subió las pocas escaleras que accedían al portal de urgencias, tropezando con un peldaño y dejando atrás uno de sus zapatos, haciendo caso omiso del hecho, como en el famoso cuento de la princesita, pensó riéndose para sus adentros, y continuó su acelerada carrera hacia el ascensor, que gracias a Dios estaba abierto.

Al llegar al pasillo de la habitación, un grupo de enfermeros y Cristian, el médico de guardia, con quien mantenía una gran amistad, no sólo por los años de trabajo juntos, sino porque además habían hecho el doctorado en la misma universidad, le miraba con cara de circunstancia”

John no apartaba la mirada y con los ojos como dos platos, no quiso en ningún momento hacer ningún gesto que interrumpiera aquella charla, ya que, para él, aquello tenía un valor documental fuera de cualquier duda. Sólo le miraba a la cara mientras aquel médico con la voz entrecortada, terminaba de relatar aquellos hechos.

“Abrió del todo la puerta y lo que vio no encajaba en su mente de científico pues aquel niño se encontraba a dos o tres metros de altura casi tocando el techo.

Tenía los brazos abiertos y estaba boca arriba en una espeluznante posición, levitaba sin más, mientras susurraba algo en un idioma que nadie era capaz de entender. La situación era realmente increíble, pues en su larga trayectoria médica, no había presenciado nunca nada semejante.

Un grupo de curiosos se amontonaban en la entrada de la puerta, casi se empujaban por querer ver lo que allí sucedía.

Llamé al Sr. Smith para que pasara a la habitación conmigo y con toda la serenidad que pude reunir, ya que me temblaban los pies, di orden a la enfermera jefe para que aquella puerta se cerrara de inmediato.

John volvió a coger aquel vaso de agua y de un sorbo terminó con aquel líquido que le costó bastante trabajo tragar, sin decir absolutamente nada y atento al desenlace de aquella historia tan increíble.

- ¿Se encuentra bien, John? -le dijo el viejo galeno mientras le observaba el pulso, ya que aquel relato no era apto para un paciente de hospital.

-No se preocupe por mí doctor, estoy bien, por favor continúe- mientras con un pañuelo de papel se secaba la frente y adoptaba otra postura más cómoda.

El Dr. William le siguió contando: “no sabían que hacer ante tal situación, solo el Doctor Smith, se atrevió a recitar un padre nuestro en latín, que aprendió en la universidad, ya que era católico, y después de unos minutos aquel niño empezó a descender del techo lentamente, pues se podría decir que prácticamente tocaba con él.

Una vez el cuerpo se hubo depositado otra vez en la cama y mientras el Dr. Smith seguía con sus rezos en latín, la atmosfera allí reinante se relajó lentamente y pudimos

examinarlo con detalle; hicimos toda clase de pruebas lo que nos llevó todo lo que quedaba de la maldita noche y parte del día siguiente”

- Escúcheme con atención Sr. John, aquel niño que reconocí aquella noche no presentaba ningún síntoma conocido que pudiera indicar una enfermedad normal. Jamás había visto algo parecido. Sobre todo, el cambio que se produjo en su cara, cuando sufría los ataques más intensos, llegándose a producir un resquebrajamiento a nivel craneal y frontal de la cara, cambiando totalmente su aspecto físico en cuestión de minutos. Fue algo indescriptible que marcó ya todo el transcurso de mi vida, dedicándome por entero al estudio de esta enfermedad tan rara. Si no lo remediaba, aquel niño estaba condenado a un manicomio, o algo parecido, donde le harían toda clase de pruebas y no, por cierto, muy agradables. Aquella era la oportunidad de mi vida, ¿lo entiende? Luego guardé los expedientes y las grabaciones en vídeo que realicé en cada sesión.

Sr. John quiero que cuente conmigo para aclarar cualquier cuestión relacionada con este tema, téngalo en cuenta.

John le agradeció toda la información que le había proporcionado y la disponibilidad que además le ofreció para cualquier aclaración.

-Amigo mío, desde este momento queda usted dado de alta y lo único que le pido es que esta conversación quede entre usted y yo, cuídese y no dude en llamarme si me necesita.

Cuando John bajó al recibidor del hospital, aún sin haber encajado del todo lo que había escuchado de boca de aquel médico, intentó mostrar su mejor cara delante de Cloe que esperaba por él en la entrada principal, recibéndole con una gran sonrisa y abrazándole fuertemente.

-Vámonos a casa. Un caldo de pollo bien caliente y muchos mimitos te sentaran bien, - le dijo Cloe cogiéndole de la mano.

Subieron al coche, y cuando iban a salir, alguien gritaba desde atrás,

- ¡Espere, espere! - John y Cloe miraron hacia atrás, y vieron a Marian, la camarera, que hacía señas para que parasen. Cloe detuvo el auto y Marian, acercándose a la ventanilla del auto le dio a John unos papeles.

-Léalos por favor y ya me dirá su opinión sobre lo que ahí dice. Contiene mi número de teléfono, llámeme cuando lo lea ¿de acuerdo? Restablézcase pronto, y muchas gracias.

-Así lo hare, no se preocupe.

Cuando llegaron a la casa, John se sentó en la mecedora para leer aquellos papeles que aquella mujer le había entregado. Mientras, Cloe se fue a la cocina para preparar lo prometido.

Sacó de un sobre aquellos papeles tan misteriosos y comenzó a leer:

“Expediente N443774 Adams Elizabeth.....informe del agente Ridlin número de placa 63432, FBI.

Nos informan que un extraño suceso ha ocurrido en el condado de Hill, Montana.

Mujer blanca caucasiana, de tez blanca, ojos azules, pelo castaño, de complexión delgada que se persona en un bar situado en el casco urbano del pueblo de Garnet.

Su estado es altamente lamentable, llevando en sus ropas múltiples manchas de sangre y con claros signos de enajenación, portando en su mano derecha un gran cuchillo de enormes dimensiones, y diciendo a voces: ¡Lo he matado! ¡ He matado a ese cerdo! ¡Ya no volverá a pegarme nunca más!

Y automáticamente autolesionándose en el cuello con dicho cuchillo, se cortó la vena yugular desangrándose inmediatamente sin que nadie de los allí presentes pudieran hacer nada al respecto. Habiendo como testigos más de quince personas, entre clientes y empleados.

Tomamos inmediatamente las medidas de seguridad que atañen a este tipo de casos y comenzamos la investigación. FBI.”

John quedo inmóvil, pensativo y acto seguido su cara se iluminó, ¡siempre quiso ser escritor, siempre fue su asignatura! y ahora tenía la oportunidad de dar al gran público una noticia que rompería con todos los moldes establecidos hasta el momento.

Se sentaron en la mesa, Cloe había cocinado una sopa exquisita que John engullía hasta casi quemarse.

Durante la cena, John explicó a Cloe su intención de escribir toda esta historia, y que la gente supiera algunos acontecimientos que suceden en algunos pueblos perdidos en los mapas, y que jamás, nadie revelará bajo juramento, a veces, hasta pena de muerte. Estas formaciones de ciudadanos, concebidas para llegar a conseguir un beneficio común para toda la comunidad, se transformarían luego en verdaderas sectas destructivas que iban a dar más de un quebradero de cabeza a algunos estados. Religiosas, fanáticas, y llenas de un montón de normas y castigos que formarían a ciudadanos en todo tipo de cultos y ritos sexuales, y que además adoraban a Satán, y a todos los demonios que forman su séquito.

Se les había hecho tarde, la conversación se alargó tanto que Cloe mientras John hablaba y hablaba, abrió la boca, para bostezar de una forma escandalosa.

- ¡Vaya! lo siento cielo, se ha hecho ya tarde, y estás muy cansada.

Cloe sólo asintió con la cabeza y le miró con ojos lánguidos, como traspuesta, estaba realmente cansada y necesitaba descansar.

Dio un beso a John y le dijo...-te calentaré la cama, no tardes, ¿vale?

-Ok cielo, estaré contigo enseguida, te prometo no tardar mucho. -le dio un beso y salió.

John la miró mientras se iba y pensó en lo afortunado que era teniendo a Cloe a su lado. Era su compañera desde hacía ya siete años y la quería muchísimo, temía que aquella casa le pudiera hacer daño de alguna forma y por otro lado todo lo que había vivido en aquel sitio daba mucho de sí para una historia basada en un caso real. Era la oportunidad de su vida, pensó.

Buscó los cigarrillos, salió al porche, se sentó en una mecedora que había en la esquina y se sintió cómodo y relajado mientras daba una calada a aquel cigarrillo. La noche era tranquila, mientras una leve lluvia caía. Se fijó en el farolillo que siempre había en una esquina de la casa y que permanecía encendido al caer la noche, y pensó que la Sra. Enriet era la que se encargaba de estos menesteres.

Estaba cansado y por un momento cerró los ojos mientras escuchaba a lo lejos el quejido de una lechuza.

Cuando volvió a abrir los ojos lo que vio delante suyo jamás lo olvidará, restos de un cuerpo ensangrentado estaban esparcidos por todo el porche, unas cabezas colgaban de

uno de los laterales de la casa, moviéndose a merced del viento dando una escena dantesca, aún más si cabe. Giró la cabeza y allí estaba de pie, vestido con una capa totalmente negra y portando una enorme hacha. Sí, era el Sr. Adams que le miraba con los ojos desorbitados y llenos de sangre. John intentó levantarse pero era imposible, no podía. Aquel ser se acercaba despacio pero directo hacia él. John intentó ponerse en pie intentando levantarse, pero era imposible. Aquella mecedora lo había atrapado de tal forma que eran inútiles todos los esfuerzos que hacía por levantarse. Cuando aquel ser estuvo a un metro delante, pensó que todo se terminaría en un instante, realmente estaba perdido. Mirando como aquel ser levantaba la mano por encima de su hombro para dejarla caer y...

Despertó sobresaltado, sudoroso y confuso. Buscó a tientas el cuerpo de Cloe pero fue inútil, ella no estaba. Al menos, aquello parecía haber sido una horrible pesadilla que jamás olvidaría, una experiencia tan vivida que le marcaría ya para el resto de su vida.

- ¡Buenos días dormilón! - dijo Cloe mientras depositaba encima de la cama un succulento desayuno de panecillos calientes y tiernos, mermelada y leche.

John, resoplando profundamente, respiró tranquilo, sabiendo que Cloe se encontraba bien. No quería darle nuevas preocupaciones y pasó por alto aquella pesadilla que guardó para él, y poderla analizar a su debido tiempo.

Se oían pasos, y parecían venir de la cocina, Cloe miró a John y dijo en voz alta...

- ¿Es usted Sra. Enriet?

Ella contestó de la forma más educada, según los principios de orden y buen hacer de las mejores casas y en un tono más bien burlesco... se oyó débilmente...

-Sí Srta. Cloe, intentaré sacar mi varita mágica para recoger todo esto, ¿Habéis tenido alguna fiesta?

Cloe se sujetaba la boca con las dos manos para no romper en carcajadas, mientras John bromeando le decía,

- ¿La has escuchado? Jajajaja, esa mujer es única, te lo digo yo.

Por cierto, acordándose de la visita que había quedado pendiente entre la Sra. Enriet y un desconocido, se preguntaba qué interés podría tener la Sra. Enriet en que conociera a dicho personaje ¿Quién era? ¿De quién se trataba?

- Cloe, ¿estás preparada para conocer a alguien muy especial? -le dijo John con ganas de bromear.

Y además, podrían así vivir juntos, algo que seguro parecía muy interesante. Ella no entendía muy bien qué quiso decir John, y cogiéndola de la mano la llevo a la cocina al encuentro de la Sra. Enriet.

-Sra. Enriet ¿le parece éste un buen momento para conocer a esa persona tan misteriosa?
-dijo John intentando ser elocuente y con una burlesca sonrisa de Joker atormentado.

La Sra. Enriet le miró y dijo...

-Sr John, no era ese precisamente el protocolo que rige esta actuación mía sino la poca seriedad, que noto, le da usted a este momento.

Se produjo un silencio despiadado que sacudió toda la estancia. La cara de John cambió totalmente.

- Perdona mi falta de tacto, pero creí que Cloe mi novia, que también vive aquí, supiera que debajo de sus aposentos, reside alguien que no sabemos quién es y qué hace ahí por lo que yo...

-Déjelo Sr. John. La Sta. Cloe será bien recibida por el maestro. Intentaré que sea lo más breve posible.

-Gracias, es usted muy amable -dijo Cloe acercándose a John para cogerle de la mano.

Se encaminaron hacia el fondo de la casa y bajaron unas estrechas escaleras que les condujeron hacia un largo pasillo, decorado al más estilo victoriano. Las paredes lucían excelentes cuadros de época y en cada esquina unos grandes candelabros no menos hermosos daban un aire de elegancia y buen gusto. Llegaron hasta una preciosa y enorme puerta de color rojo que la Sra. Enriet abrió. Sacando un gran manojó de llaves y eligiendo una, de un tamaño bastante grande, giró dos veces, agarró el picaporte y abrió con decisión.

John y Cloe no daban crédito a lo que se les presentó ante sus atónitos ojos.

Una grandísima sala de enormes ventanas cubiertas con unas enormes cortinas de un color verde que daban un estilo sobrio, pero muy elegante, caían hasta el suelo en una fantástica cascada de terciopelo que daba una decoración más que excelente y elegante a toda la gran sala iluminada con una ostentosa lámpara de araña que colgaba desde el centro de la estancia.

El piso de mármol brillante reflejaba como un auténtico espejo la silueta de aquellas tres personas de una forma casi natural.

En medio, una grandísima mesa de forma rectangular, remataba aquella espectacular estancia que dejó absortos y boquiabiertos a los nuevos dueños de aquella majestuosa mansión. La mesa, adornada y servida con los más lujosos centros, acogían una inmensa variedad de frutos y manjares que eran la delicia de John y Cloe que solamente se dedicaron simplemente a contemplar tan magnífico espectáculo, sin atreverse ninguno a esbozar la más mínima palabra.

Al fondo y como presidiendo la mesa se encontraba un hombre, que permanecía mirándolos, con los brazos apoyados en la mesa y sin gesticular ningún movimiento. Aquella situación dejó a los recién llegados, inmersos en una perplejidad y confusión que nadie era capaz de romper.

-Acérquense por favor -dijo aquel hombre con tono amable.

Cuando estaban a pocos metros de él, era fácil advertir cómo una especie de máscara, cubría en parte el rostro de aquella persona. Y una especie de aura, casi transparente, le rodeaba todo su contorno.

La escena era más que peculiar, y Cloe acercándose a John más por precaución y miedo que por otra cosa, le volvió a coger de la mano en un intento de sentirse, quizás más segura, pues aquella situación hubiera puesto nervioso al más valiente de los gallardos caballeros de la edad media.

John no decía nada, pues todo aquello le superaba con creces y aunque era el dueño legal de aquella casa, no se atrevía a romper aquel ambiente tan mágico, esperando simplemente la siguiente acción por parte de aquel hombre que, aunque no era miedo lo que emanaba, sí infundía un respeto y un carisma fuera de todo contexto.

-Mi nombre es Frank, Frank Adams - dijo aquel hombre simplemente - disculpen ustedes que no me levante, pero un accidente hace ya algunos años, así me lo impide. Sean ustedes bienvenidos a mi humilde morada y, por favor, siéntense y disfruten de los alimentos expuestos, pues están exclusivamente servidos para vosotros. Como pueden ver no son frutos de temporada, pero ese secreto me lo voy a reservar, si no tenéis ningún inconveniente.

John adoptando una postura firme y golpeando los talones, como así se lo había enseñado su formación militar, le dijo:

-Mi nombre es John y ella es Cloe mi prometida, y quiero que sepa, Sr. Frank, que es para nosotros un verdadero honor conocerle, pues hace ya algún tiempo teníamos esta visita prevista, pero a veces las circunstancias de la vida nos impiden hacer aquello que queremos y lo posponemos siempre para más adelante - dijo John intentando disculparse por lo tardío en que se había producido tal evento.

- Por lo que le ruego sepa disculpar mi tardanza - le dijo, apretando más la mano de Cloe, buscando su apoyo en un acto reflejo de nerviosismo y complicidad.

-Sé que es usted el nuevo dueño de la hacienda y que además es escritor. Permítame decirle también, que tiene un gusto excelente, pues su querida prometida la Sta. Cloe es una mujer muy hermosa - dirigiendo su mirada hacia Cloe que, agachando la cabeza, dio la sensación de ruborizarse ante aquellas bonitas palabras venidas de tan peculiar personaje.

Fue entonces cuando Cloe advirtió que, en realidad, aquel hombre estaba sentado en una silla de ruedas y que su actitud algo rígida, seguramente era debida a aquel accidente al que había hecho alusión momentos antes.

Para sorpresa de aquellos invitados dos copas de vino tinto llenas de tan preciado néctar, se levantaron de la mesa en una levitación que parecía un auténtico prodigio mágico y se acercaron a los allí presentes, levitando con total precisión acercándose a las manos de cada uno de ellos, como si alguien invisible las desplazara por el aire en un espectáculo de magia sin precedentes.

John y Cloe cogieron aquellas dos copas con sus manos, que alguien o algo que no podían ver, ni creer, les ofrecía. Bebieron de su contenido en pequeños sorbos, a pesar del nudo

que se les formó en sus gargantas, depositándolas luego medio vacías sobre la mesa, tan sorprendidos que las manos le temblaban.

Aquel acto a John le pareció como un pacto de buena armonía y disposición por parte de aquel raro, pero elegante, caballero.

-Les agradezco vuestra visita y doy por hecho su conformidad de que mi presencia en estos aposentos es de su agrado, por lo que celebro este primer encuentro entre nosotros e intuyo que no será el único. Ni que decir, es necesario, que estoy a vuestra entera disposición, para lo que sea requerido y respetaré vuestra vida en esta casa, como así lo espero para mí y mi amada y siempre querida tía, la Sra. Enriet. Y dándose la vuelta en su silla de ruedas se perdió entre aquellos pasillos.

Mientras retornaban a la parte alta de la casa y entre aquellos pasillos que parecían eternos, la Sra. Enriet les explicó que muerta su querida hermana Elizabeth, con quien la afinidad nunca fue muy fluida que digamos, se personó en las dependencias judiciales para reclamar la guarda y custodia del aquel menor que llevaba su misma sangre, exponiéndolo ante el juez del condado que en primera instancia no puso ninguna objeción a la lógica petición que aquella mujer como tía carnal de aquel muchacho, le requería con tanta suplica. Por lo que, pasadas unas semanas del siempre consabido y necesario papeleo burocrático, quedó como protectora y responsable de aquel pobre niño.

Cuando llegaron a las dependencias habituales de la casa, John no mostraba ningún tipo de reacción y además estaba algo pálido y descompuesto, cosa que rápidamente Cloe advirtió y acercándose a él le dijo:

-Querido, ¿te encuentras bien?

Se sentó en la mecedora del porche en un intento de coger aliento, mientras la Sra. Enriet decía que iba a por un vaso de agua. El aire fresco de la campiña y aquel milagroso vaso de agua, le devolvieron a John el color rosado de su cara, mientras Cloe con un pañuelo humedecido le intentaba secar aquel sudor frío que le bajaba ya por su cuello.

-No pasa nada, estoy bien - dijo después de hacer unas cuantas expiraciones y volver a beber algo que la Sra. Enriet le había puesto dentro del vaso.

- ¿Qué es? - preguntó no fiándose de aquel mejunje que más bien parecía una pócima de sapo muerto y lagarto.

-Es un preparado de Mandrágora, una planta medicinal, que abunda por estos lares desde tiempos inmemoriales y que tiene la facultad entre otras, de devolver el aliento perdido, bien por un disgusto o por un susto repentino.

John tragó con bastante dificultad aquella pócima que le pareció horrenda en su desagradable sabor, pero que, pasados unos minutos le devolvieron el calor perdido y su gran talante de ejemplar caballero, y devolviéndole la vitalidad a sus ojos y mejillas.

-Querida Enriet, creo que he probado toda clase de mezclas herbáceas y de asqueroso sabor, pero esto sin duda, cruza el umbral humano soportable sobre las glándulas salivares que creo no me volverán a servir ya para nada - dijo exagerando quizás un poco.

-Ahora dígame, lo que hemos presenciado ahí abajo, roza lo esotérico de una forma descomunal y que, aunque he visto y observado en mi larga y dura carrera profesional militar muchas cosas que paralizarían a cualquiera, jamás habría imaginado algo así.

-No tiene usted ni idea de lo que el maestro es capaz de hacer sólo con pensarlo. Su capacidad de telequinesia y su fantástica sabiduría le proporcionan un total control de todo lo que le rodea, estando en sintonía con los cuatro elementos de la naturaleza que utiliza siempre de una forma controlada, y normalmente para ayudarme en las cosas más extrañas y a veces simples que pudiera usted imaginar.

A pesar del mal trato que siempre la vida le dio, he visto con mis propios ojos, como un cervatillo al que se le habían roto las dos patas al caer desde un peñasco, volvía a correr por el campo después de que él le hubiera puesto sus manos por un momento encima.

-Creo que una vuelta por el pueblo y un café nos vendría muy bien a los dos. - dijo Cloe ayudando a levantar a John que ya repuesto del mal trago, parecía estar dispuesto a tan fantástica idea.

Un chorro de aire fresco entraba por las ventanas del auto acariciando las caras de nuestros amigos mientras escuchaban en la radio una preciosa canción, que juntos tatataban al unísono, siendo un verdadero motivo de risas y miradas de complicidad entre los dos enamorados. Una vez en el bar donde trabajaba Marian, charlaron y hablaron con todo lujo de detalles de los momentos que habían vivido en aquella hermosa, pero también extraña, parte de la casa.

¡Vaya! nuevamente habían coincidido con aquel tipo de la pulida placa que no hacía más que mirarlos de una forma poco convencional. Esta vez se encontraba en la barra y John pensó que sería un buen momento para acercarse a él de una forma discreta.

Cuando estuvo a su lado, Marian la camarera se acercó apresuradamente a John para decirle:

-Hola, me alegro de verle por aquí, y además con Cloe su novia - palabra que resaltó y vocalizó muy despacio, mientras miraba descaradamente, a aquel tipo fantoche de la placa para que entendiese y no hubiera ningún tipo de dudas.

- ¿Es que no me vas a presentar a tu amigo? - dijo aquel hombre con un tono burlesco y desagradable, mientras se levantaba aquel sombrero tejano que le daba un aire más de cuatrero de tres al cuarto que de un defensor de la ley.

John le miró rápidamente pues lo tenía a menos de un metro de distancia y, si no hubiera sido por aquella placa, le hubiera asestado un puñetazo que seguro hubiera dado con él en el duro suelo de madera de aquel bar.

- ¡Sí, claro! ...Sr. John, le presento a Walter, ayudante del sheriff. Y, además, un auténtico bocazas donde los haya. - dijo Marian reprochando la actitud de Walter.

- ¡Y también su novio! - dijo aquel tipo chillando descaradamente, cogiéndola de la mano con brusquedad, llamando la atención de todos los que en ese momento se encontraban allí.

John estuvo a un segundo, de arrearle aquel tan ansiado puñetazo que según pensó se merecía por su maleducada actitud y su bravuconería de pueblerino barato. Pero se contuvo, pues no imaginaba que aquel tipejo fuera el novio de Marian por la que sentía una profunda amistad, por su siempre cercanía con él, y su afinidad con Cloe desde que llegó al pueblo.

Estiró su mano diciéndole:

- Encantado de conocerle Sr. Walter. Es usted algo impulsivo según parece. Le ruego sea usted un caballero y deje el brazo de la Srta. Marian no sea que, por algún descontrol desconocido, mi puño se estampe en su barbuda cara de cordero descarriado.

Aquel individuo intentó levantar su mano, pero Marian no le iba a permitir que así fuera, apretando con todas sus fuerzas e impidiendo que aquel, su novio, fuera incapaz de hacerlo. Aunque John ya había dado un paso atrás para descargar toda su furia sobre aquel arrogante boniato andante.

Sus celos le habían hecho pensar que John pretendía algo más que la bonita amistad que había conseguido con Marian. Dando media vuelta salió de aquel bar y metiéndose en su auto salió de allí haciendo chirriar las ruedas de su auto de policía, expresando así toda su rabia y su poca cordura, consiguiendo de aquella manera las mofas y las carcajadas de todos los que allí se encontraban que ya conocían de su raro carácter impulsivo y prepotencia.

Cloe y John terminaron de desayunar mientras escuchaban las palabras de disculpa que de la boca de Marian salían, explicándoles que su relación con él venía desde que eran niños, pues se habían criado juntos en el pueblo, pero que nunca lo había tomado en serio ya que conocía bien su raro carácter y simplemente se había acostumbrado a él, saliendo en plan de amigos durante algunos años sin haber tenido nunca nada serio sino, simplemente soportándole.

Salieron del bar y, no queriendo retornar a casa tan pronto, decidieron tomar una carretera secundaria que no sabían muy bien donde les podría llevar, pero eso daba igual, era muy temprano y aventurarse por una de aquellas polvorientas y solitarias carreteras no parecía una mala idea.

A medida que avanzaban la señal de la radio empezó a fallar y sólo se escuchaba una emisora que parecía local cuando de repente escucharon que el locutor de la emisora decía algo sobre un destino que estaba escrito y en un momento dado, Cloe que era la que más atenta estaba, ya que John atendía más a la conducción debido al mal estado de aquel camino, le pareció que la nombraban y le pedían mucho cuidado y precaución, momento en que la emisora dejó de escucharse, seguramente debido a que se habían internado entre varias montañas y la señal ya se había perdido.

- ¡Para el coche! - increpó con fuerza Cloe desde su sitio de copiloto.

John paró inmediatamente el auto produciendo una polvareda espectacular que les cubrió durante algunos segundos, aclarándose poco a poco después.

- ¿Qué pasa Cloe? ¿Porque gritas, cielo?

- ¿Es que no lo has oído?

-Oír ¿el qué?, no te entiendo, ¿qué quieres decir?

- ¿No me dirás, que no has escuchado decir mi nombre y la advertencia que esa voz decía sobre mí?

Extrañado y viendo el comportamiento de Cloe supuso que algo se había perdido estando más pendiente de por dónde llevaba el coche que de cualquier otra cosa.

- Pero, ¿qué dices, de qué voz hablas, cielo?

- ¡La voz de la radio, John!, ¿es que no te has enterado?

-Lo siento querida, pero iba más atento al camino que a otra cosa. ¡Cuéntame! ¿Qué has escuchado?

-Una voz por la radio, mientras tú estabas en tus cosas, me ha nombrado y a dicho algo sobre “Cloe ten cuidado”, como una advertencia y no sé qué más, porque luego se ha dejado de oír.

Advirtiendo el estado de nerviosismo en el que Cloe se encontraba intentó mover el dial de la radio de un lado para otro sin conseguir escuchar nada, sólo se oía el resoplar del altavoz.

-Pues no hay manera cielo, debemos estar en uno de esos puntos negros donde la señal de la radio no se consigue escuchar.

Aun así, lo intentó varias veces más sin resultado alguno. Cloe, nerviosa por lo que había escuchado salió del coche y encendió un cigarrillo que apuraba rápidamente, intentando darle una explicación a lo que había escuchado hacía unos momentos.

John echó un vistazo alrededor y se percató que no muy lejos de allí, se encontraba una especie de mina abandonada, que podría ser una visita improvisada y además podría sacar a Cloe de aquel estado de nervios que no entendía. Pensó que podría haberse equivocado, ya que con el ruido del coche y lo mal que se escuchaba la dichosa radio, se pudo haber confundido. Pero lo mejor era permanecer calladito dado el estado en que la chica estaba,

e intentar ser lo más comprensible posible, pues no estaban las cosas como para empeorarlas más, y se mantuvo callado.

-Cloe, ¿qué te parece, si nos acercamos hasta aquella cueva que parece una mina abandonada, y echamos un vistazo? Podría ser interesante y además con este calor que hace algo de sombra nos vendría genial, descansamos un poco y volvemos a casa, ¿qué te parece la idea?

Cloe, en su eterno enfado porque no comprendía cómo aquella voz le había nombrado y el hecho de que John no se enterara de nada y que además insinuara que todo era una ilusión suya, pensó que no sería mala idea, que así podría relajarse y despejar la mente. Decidieron acercarse hasta aquel lugar que había que recorrer a pie, pues una enorme piedra bloqueaba el camino a unos cien metros de donde ellos se encontraban haciendo imposible la llegada hasta allí en el coche.

Emprendieron la caminata, bastante rápido al principio, luego poco a poco fueron reduciendo a un ritmo ya más pausado debido al que sofocante calor y a lo accidentado del camino.

Sobrepasaron la enorme piedra que John no se explicaba cómo había sido depositada allí, ya que, por su enorme tamaño, hubieran necesitado la ayuda de una gran grúa para moverla porque estaba claro que naturalmente no había nacido allí.

El camino ascendía lentamente y la inclinación que tomaba le hacía pensar que quizás aquella no había sido una buena idea dado el esfuerzo que estaban realizando para llegar hasta la maldita cueva.

Le preguntó a Cloe si estaba cansada y un silencio sepulcral fue su respuesta, mirándola de reojo, y notándole un semblante muy serio. Estaba claro que su enfado duraría más de la cuenta y que su actitud, así como las palabras que a partir de aquel momento dijera, tendrían que ser lo más comedidas posible, ya que conocía su carácter muy bien y si su comportamiento era ese, la cosa era bastante seria y pensó que quizás no le había dado la importancia que realmente merecía a lo de aquella voz que a través de la radio le había dicho, cosa que aún intentaba razonar, sin encontrarle sentido.

Consiguieron llegar a la abandonada mina, no sin muchísimo esfuerzo, cosa que John valoró nefastamente, no queriendo hacer ninguna alusión otra vez a lo mismo, pero arrepintiéndose de una forma atroz de aquella descabellada idea que había tenido.

El calor era sofocante y cuando estaban a pocos metros de la entrada, quiso hacer una inspección general del lugar y cubriéndose los ojos con una mano echó un último vistazo a la zona desde aquella privilegiada posición, observando lo agreste e inhóspito de aquel lugar y pensó lo lejos que se podrían encontrar de cualquier indicio de vida humana, no queriendo pensar más en ello, ya que le producía una especie de angustia que no quería que Cloe advirtiera.

Sacó su cámara fotográfica y realizó una serie de tomas de aquel lugar perdido de la mano de Dios. Y decidieron entrar, buscando la tan ansiada sombra que les protegería del acosador calor que experimentaban. Lo primero era hidratarse y bebieron un poco de agua de una de las cantimploras que llevaban y acto seguido, se sentaron en una especie de banco, puesto allí para tal fin, mientras Cloe, aprovechaba para liberar su ya enorme vejiga pues necesitaba con urgencia ir al “baño”, que encontró en un lugar detrás de unos maderos apilados en una esquina de la entrada a la mina.

Mientras, John se adentró unos metros en aquel peculiar lugar cuando de repente escuchó a Cloe gritar, retumbando el sonido por el eco que allí reinaba. John salió corriendo en busca de su querida novia encontrándola retorcida de dolor en el áspero suelo.

Un pequeño pero fiero escorpión le colgaba del brazo, que, con su enorme aguijón aún clavado hacia retorcer a Cloe de una manera angustiosa.

Quitó aquel horrendo bicho del brazo de Cloe y acto seguido con su propia boca absorbía el veneno que luego escupía, realizando esta acción varias veces.

Luego limpió con un poco de agua la picada que aquel bicho le había producido, y le hizo un torniquete, utilizando para ello el cinto de su pantalón.

El brazo de Cloe no tardó en inflamarse rápidamente por lo que había que sacarla de allí lo más urgente posible y llevarla al hospital donde el antídoto sólo sería la solución.

Sabía que la rapidez en llegar sería crucial y, sin pensarlo mucho la cargó al hombro y bajó por aquella montaña con toda la premura que sus cansadas piernas le permitían, casi tropezando en aquella huida a contrarreloj.

Sabía que el tiempo corría en su contra y cuando logró llegar a la inmensa piedra que obstaculizaba el camino Cloe ya no decía nada, aparentemente había perdido el conocimiento y respiraba con dificultad.

Cuando pudo divisar el auto, su destrozado cuerpo casi no podía más, el esfuerzo sobrehumano que había realizado le pasaba factura con mucha rapidez, pero también sabía que la vida de Cloe dependía de su rápida salida de allí.

Con los ojos llenos de lágrimas y con sumo cuidado la recostó en la parte trasera del auto. Todo su cuerpo estaba bañado en sudor, que le bajaba por la espalda a chorros. Agitado y casi sin aliento, entró en el auto y quiso tirar de la llave del arranque.

Un segundo antes un fuerte graznido se escuchó en todo el entorno, una enorme águila sobrevolaba la zona como si de un presagio de muerte se tratara. Por un segundo levantó la cabeza pero no consiguió verla bien pues el sol, que se encontraba detrás, producía una especie de contraluz que le impedía ver con claridad aunque intuyó lo grande que podía ser, reflejando una débil sombra y produciendo un tremendo eco que rebotó entre aquellas montañas, como un dolor agudo como la protesta sabia de la naturaleza, como el quejido de la vida misma, que a su querida Cloe se le escapaba lentamente.

Salió de aquella zona a una velocidad tremenda cuando enlazó con la carretera general que le llevaría al hospital. Perdió la noción del tiempo y sólo un impulso de resistencia sobre la muerte, le marcaba el camino. Para cuando llegó al hospital la situación de Cloe era realmente dramática ya que cuando los enfermeros la sacaron del auto su cuerpo era como el de una muñeca de trapo, casi sin vida.

Permanecía sentado en aquella fría sala con sus manos en la cabeza, culpándose por su grave negligencia y su falta de previsión ante la dura y cruel naturaleza de aquella zona. ¿Cómo había dejado que Cloe se distanciara tanto, dejándola sola en aquel lugar?, ¿por qué no la esperó para seguir entrando juntos en aquella maldita mina?

En esos pensamientos de culpabilidad estaba cuando notó que alguien le ponía la mano encima su hombro.

-John, Sr John. - le llegaba una voz en principio débil y lejana, pero que luego le sobresaltó de una forma violenta, poniéndose de pie al instante.

Y mirando a la persona que se dirigía a él a voces, sólo le miraba con los ojos perdidos.

- Soy el Dr. Williams, ¿me reconoce, John?

Cuando vio al Doctor Williams se abrazó a él como si estuviera viendo al mismísimo Creador, rompiendo a llorar desconsoladamente y preguntando varias veces seguida por Cloe.

- Está usted en pleno impacto, John. No se preocupe por Cloe, ya que su llegada a tiempo al hospital ha sido crucial. En este momento la estamos hidratando y hace ya horas que le administré el antídoto, relájese y permanezca tranquilo, además he dado órdenes para que a usted le hagan un chequeo general pues me preocupa bastante su estado a nivel neurológico.

John asintió con la cabeza y pidió al doctor Williams la posibilidad de poder ver a Cloe, aunque sólo fueran unos minutos. Y así fue, quedando también él ingresado en el hospital por algunos días.

Había pasado una semana y ya en la casa la vida se desarrollaba dentro de lo más cotidiano y normal, pasando aquello a ser una simple, pero casi fatal anécdota que poco a poco fue poniéndolos otra vez, en aquella ilusión que desde el principio habían tenido con la casa.

Durante el día, largos paseos por la hacienda, algunas partiditas de naipes por la tarde, que incluían también a la Sra. Enriet, que parecía disfrutar con la nueva situación que estaban viviendo, y que además se mostraba muy entusiasmada con el juego.

Una noche Cloe le comentó a John, una extrañeza que le tenía algo preocupada y era el hecho de encontrar siempre a media mañana las cortinas de la sala cerradas, y que ella volvía abrir procurando que la luz del sol aportase el ambiente natural del día y no encontrar las luces ya encendidas a tan tempranas horas de la mañana cuando lo más lógico era que la luz del día iluminara el interior de la casa, pero siempre pasadas unas horas, la situación se volvía a repetir y ella volvía a abrirlas de nuevo, por lo que ya cansada de aquella situación se lo comentó a la Sra. Enriet, y ésta en gesto de desaprobación, le dijo que sus costumbres eran así y dejar que el calor del día inundase la casa, hacía que luego fuera más complicado dormir por las noches. Algo que le pareció totalmente insensato y fuera de lugar, dijo Cloe, bastante molesta, además no es ella la que luego duerme por las noches aquí sino que somos nosotros.

En unas de esas partidas, que a veces se prolongan hasta bien entrada la tarde, la Sra. Enriet, hizo una alusión al Sr Frank, que por cierto no veían desde la última vez, manifestando la intención y el interés que tenía éste de poder verles unos minutos aquella tarde, después de la consabida partidita, a lo que ellos, por supuesto, estuvieron interesados en verse y conversar un rato con él.

- La visita será a las nueve, y de paso cenaremos con el maestro, como así lo ha dispuesto, ¿estáis de acuerdo? - dijo la Sra. Enriet. John y Cloe se miraron y dieron el visto bueno, no habiendo ningún tipo de inconveniente por su parte, además Cloe comentó que era una buena hora y que luego, ya entrada la noche, un paseo por los alrededores estaría genial.

Bajando las escaleras, John y Cloe se encontraron con la Sra. Enriet, que ya les esperaba a la entrada del pasillo. Una vez juntos, se encaminaron hacia la enorme puerta, donde residía el Sr Frank. La Sra. Enriet abrió con la gran llave y entraron, quedando sorprendidos por segunda vez ante el increíble festín que se exponía sobre aquella gigantesca mesa, en un auténtico derroche de comida, no faltando el más exquisito plato que se pudiera uno imaginar. El Sr. Frank se aproximó hasta ellos para recibirlos y saludarlos con una sonrisa, que más bien se adivinaba, ya que aquella reluciente máscara les impedía ver toda su cara. Acto seguido se acercaron a la mesa y colocándose John a la derecha del maestro, Cloe hizo lo contrario quedando situada esta vez a la izquierda, por lo que estaban de frente uno del otro, y el Sr Frank quedaba como siempre como anfitrión.

Una suave música que John identificó como una de las sonatas de Bach, amenizaba la tan exquisita velada, por supuesto no faltó un brindis que el Sr Frank quiso hacer, destacando la belleza de Cloe que tan especialmente vestida con un largo traje azul celeste, y una diadema que sujetaba su ondulado pelo, que le caía en cascada por los hombros. Luego dirigiéndose a John, resaltó su condición de militar y su experiencia en la montaña, valorando su rapidez y sus conocimientos sanitarios, gracias a los cuales, Cloe podía estar sentada hoy a su lado, y resaltando que no podía haber estado en mejor compañía y guarda.

Cosa que a John casi le ruboriza, pero que le hizo sentirse un poco más protagonista de todo el acontecimiento. La conversación se desarrolló en aquella hazaña que habían vivido y la suerte que habían tenido, gracias siempre a la sangre fría que John pudo demostrar debido a sus conocimientos de superación en los peores momentos.

Volvieron a brindar, y los efectos de aquel esplendido vino, relajó muchísimo el ambiente, contando John, algunos de sus chistes del ejército, que terminaron en auténticas carcajadas por parte de todos, mientras la Sra. Enriet, siempre pendiente, como el mejor de los maitres, llenaba las copas una y otra vez, simulando una pequeña sonrisita de vez en cuando, cosa que Cloe advirtió, en más de una ocasión.

La velada era perfecta, y John perdiendo un poco la compostura, por efecto de aquel tan apreciado licor, levantaba el tono de voz más de lo debido, intentando explicar al Sr Frank una de sus anécdotas militares con uno de sus jefes, que, al parecer, quiso humillarle ante la tropa, saliendo siempre airoso de dicha situación, sin siquiera un simple rasguño.

Mientras, Cloe escuchaba y de vez en cuando esbozaba una ligera sonrisa, a las tonterías que John le parecía estaba diciendo.

En un momento dado se produjo uno de esos silencios, que pueden echar por tierra toda una velada, momento en el que el Sr Frank aprovechó, para mirar a Cloe y dirigiéndose a ella, le dijo: ¿Por qué no hizo usted caso de mi advertencia Srta. Cloe?

John, que en aquel momento daba otro largo trago, a aquel maravilloso vino, casi se atraganta, pues empezó a toser de una forma estruendosa, manchándose de algunas gotas que salpicaron su corbata y parte de aquel smoking, tan elegante, donde lucía, algunas de sus meritorias medallas contraídas en acto de servicio y que tan orgulloso se sentía de ellas. La Sra. Enriet, siempre atenta a cualquier, desavenencia que pudiera ocurrir, acudió rápidamente, con un paño y una pequeña botella que enseguida esparció su contenido en forma de vaporización, encima de aquellas manchas que habían estropeado aquel sobrio, pero elegante traje de militar, del que John se sentía tan orgulloso, y empezó a dar unas suaves friegas, que lo que parecían, eran esparcir aún más aquellas horrendas manchas.

Cloe, no sabía qué contestar a aquella pregunta tan directa, que el Sr Frank le había hecho, y después de unos segundos, con asombro contestó:

- ¡Entonces!, el autor de aquella voz que claramente escuché a través de la radio... ¿era usted? ¿Avisándome de lo que iba a ocurrir?

John, miraba la cara de sorpresa que se le había quedado a Cloe, y al mismo tiempo dirigía la mirada hacia el Sr Frank, mientras la Sra. Enriet sin decir nada, en su afán de hacer desaparecer aquella mancha, frotaba y frotaba sin decir absolutamente nada.

-Así es - afirmó contundentemente - mi capacidad mental me permite una serie de habilidades poco comunes para cualquier ser humano, aunque reconozco que la falta de cobertura de la radio, por haberos internado entre aquellas montañas, mermaron un poco la capacidad en aquel aviso.

-Como ya saben ustedes, mi sufrimiento siendo un niño, y el mal trato que recibía por parte de mi padre, unido a esta injusta cara que la vida quiso darme junto a los especiales tratos que mi tan querida tía me ha proporcionado durante todos estos años, no han sido otra cosa, sino un auténtico aprendizaje de tipo esotérico, digámoslo así, algo que estoy más que seguro que no seréis capaces de entender, pues van más allá de lo humanamente comprensible. Además, sería muy largo de explicar, cosa que dejaremos para cuando estéis mejor preparados y dispuestos, algo que sólo yo sabré, llegado el momento.

Para cuando Frank había terminado aquellas palabras, que de alguna forma explicaban los hechos, las manchas en el castrense traje de John habían desaparecido del todo, sorprendiendo sobre todo a John que no daba crédito aunque sin embargo sí sentido, a lo que el Sr Frank había explicado.

- ¿Y aquel pájaro? ¿Y aquella enorme águila que parecía vigilar todos mis movimientos, en mi carrera desenfrenada por sacar a mi novia de allí? ¿y por qué graznaba como una posesa como si quisiera decirme algo?

- ¡Sus ojos eran mis ojos! y aquellos fuertes graznidos eran mis alertas, para que saliera usted cuanto antes de allí. Mi presencia en forma de águila persuadió a otros maléficos seres a mantenerlos a raya. Les aseguro, que, si no hubiera sido así, hoy no estarían ustedes aquí conmigo, que en realidad es lo que estamos celebrando - dijo aquel extraño hombre dejando callados a Cloe y a John - En adelante tenga usted más precaución por donde anda, pues esa mina que han visitado, está marcada como un auténtico vórtice al más allá. Una puerta que a veces se abre a entidades, que no tienen nada que ver con lo mundano, sino más bien con el mismísimo infierno.

Estas palabras sobresaltaron a Cloe, que, acariciándose el brazo con la mano, intentaba hacer desaparecer una sensación de escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

John no soportando más aquella situación se puso de pie, y dirigiéndose al anfitrión, le dijo:

-Sr Frank, ha sido usted muy amable pero se ha hecho ya muy tarde y estoy algo cansado. Cloe inmediatamente le imitó, y se disculpó, alegando que no se encontraba muy bien, y quizás el vino se le había subido un poco a la cabeza, encontrándose algo aturdida, y que sería mejor dejar aquella conversación para otro momento,

- ¿De verdad no se quedan ustedes a los postres? les advierto que mi querida tía prepara unos dulces, que son la envidia de toda la comarca - dijo Frank quizás queriendo quitarle hierro a la dura explicación que había dado y entendiendo la postura y lo incómodos que podían encontrarse.

-No, de verdad, perdone usted, pero nuestra retirada de la mesa, es más bien por nuestro cansancio que por otra cosa. - dijo Cloe.

- Creo que ha sido una velada maravillosa, y usted como siempre un encantador anfitrión- respondió John, mientras rodeaba la mesa en busca de su hermosa consorte.

Al pasar al lado de Frank, éste le cogió de la mano y agachando su cuerpo le dijo en voz baja:

- Cuide usted mucho de la Sta. Cloe John, pues para algunas entidades, es un auténtico tesoro que quisieran poseer. John asintió con la cabeza, y se dispuso a coger del brazo a Cloe que ya le esperaba junto a la Sra. Enriet a la salida de la puerta.

-Buenas noches y que descansen. Mañana hará un día precioso, intenten disfrutarlo - dijo Frank, con tono amistoso.

-Así lo haremos y espero que en alguna ocasión pueda usted acompañarnos Sr Frank - dijo Cloe intentando corresponder a tan amables palabras por parte de aquel hombre.

-No dude usted que algún día así lo haré, le respondió él con tono amigable.

Ya en la habitación, John no paraba en elogios hacia aquel extraño hombre, mientras Cloe permanecía callada mientras se desvestía, pensando que, sin duda alguna, aquel hombre rebosaba una sabiduría especial, y que era capaz de transmitir hacia los demás de una forma prodigiosa, pero lo más que le llamaba la atención, era la sensación de protección hacia ellos, que les había demostrado, en su intento de avisarles sobre los peligros ancestrales que acechaban en todo aquel pueblo.

Mientras se quitaba las medias, John la observaba desde un espejo situado en el baño, que, por la perspectiva y posición, daba una espléndida y maravillosa imagen de ella, mientras se recostaba en la cama, sensual y naturalmente atractiva. Su pelo suelto, y su esbelta figura eran toda una verdadera tentación para cualquier hombre, incluso para aquellos entes ávidos de aquel grácil cuerpo, intentando poseer su belleza y, sobre todo, su inmaculada inocencia.

Para cuando John llegó a la cama, Cloe yacía totalmente desnuda y le miraba, esperando las caricias de su amado.

Hicieron el amor hasta altas horas de la madrugada, y rendidos por tal maravilloso y deseado encuentro, abrazados quedaron a merced del dios Morfeo, que les abrigó y arropó hasta el amanecer.

Cuando bajaron a desayunar, la Sra. Enriet, ya tenía un succulento y delicioso desayuno en la mesa, donde no faltaban aquellos panecillos dulces y calientes, que eran las delicias de Cloe; sin embargo, algo volvió a sacar ese mal humor que la identificaba y que a John le molestaba tanto, y soltando los cubiertos con un estrepitoso ruido se levantó y con paso acelerado tiró de los cordeles que sujetaban las cortinas de la enorme sala, inundando toda la estancia con la mágica luz de aquella hermosa mañana, para desconcierto de la Sra. Enriet, que inmediatamente abandonó el lugar, murmurando algo mínimamente inteligible, para luego desaparecer en aquellos largos pasillos.

- ¡Realmente hace un día precioso, querida! - cogiéndole de la mano y mirándola con mucha dulzura - No vale la pena estropearlo, ¿no te parece?

- ¡Estoy harta de que siempre esté todo en penumbras, como si la casa fuera un velatorio yuviésemos que estar todos de luto! ¡no lo acabo de entender! ¡y me hace sentir encerrada, con una sensación de claustrofobia que cambia totalmente mi humor! Lo siento John, pero ya no aguanto más esta situación.

-No te enfades, hablaré con ella en cuanto se me presente la ocasión, ¿de acuerdo? - le dijo John mientras ella, subía las escaleras corriendo y dando un fuerte portazo que estremeció hasta los cuadros.

Pasadas unas horas, Cloe se presentó ante John, que se encontraba dando un garbeo por los alrededores de la hacienda. Estaba guapísima, una blusa de color rosa, unos

pantaloncitos cortos, que hacían juego con unas sandalias preciosas y resaltaban su estilizada figura, que la hacían parecer una actriz en una de esas escenas de campo que tantas veces había visto en las comedias hollywoodenses del cine americano.

-Estoy preparada para uno de esos paseos que me habías prometido mientras estaba convaleciente, ¿qué te parece? - le preguntó mientras se exhibía dando un giro de trescientos sesenta grados.

- ¡Vaya, estás realmente preciosa!, y está claro que tendré que cumplir mi promesa, y además lo haré con muchísimo gusto, pues estoy muy impresionado y orgulloso de lo guapísima que realmente estás; me has cautivado con tus encantos de hechicera buena - le dijo John piroleándola - Pero antes de salir, quiero enseñarte algo, que por casualidad he descubierto.

Cloe con cara de circunstancia le dijo:

- Pues espero que merezca la pena, pues me ha llevado un buen rato acicalarme y hasta me hecho la manicura...así que espero que sea algo realmente importante.

-Vamos, no está muy lejos - cogiéndola de la mano.

Estuvieron caminando por uno de los laterales de la casa, y enfilaron un pequeño sendero, que terminaba entre unas grandes piedras, y para sorpresa de Cloe allí se encontraba un auténtico pozo de estilo casi medieval que estaba adornado con unas piedras incrustadas a su alrededor. En su arco, magistralmente trabajado en madera de roble, una hermosa polea cubierta con una gruesa cuerda que soportaba un precioso cubo de metal, culminaba aquel espectacular trabajo de artesanía que dejó boquiabierta a Cloe, que aprovechó para tirar, unas cuantas fotos de aquella magnífica obra de arte.

- Qué, ¿te gusta? - dijo John entusiasmado, pues sabía que ella era una autentica sibarita de estas cosas antiguas; sabiendo que jugaba a seguro, ya que la conocía muy bien y estaba seguro que Cloe, apreciaría aquel espectacular regalo para la vista.

Bajaron hasta la casa y hablaron con la Sra. Enriet, Cloe le dijo que John lo había descubierto por casualidad y que se lo había enseñado como una gran sorpresa, y que a ella le había gustado muchísimo.

La Sra. Enriet les explicó que aquel pozo, formaba parte importante de la casa, ya que el suministro de agua potable de ésta, se extraía precisamente de ahí. También les dijo que posiblemente se comunicaba con un pequeño lago, no muy lejos de allí, ya que jamás se había secado y el agua era bastante buena.

-Verá usted, - dijo John - nuestra intención es echar un vistazo al lago, y pasar prácticamente el día allí, por lo que le ruego nos prepare unos sándwiches y algo de beber ya que nuestra intención es regresar terminada ya la tarde.

-Quiero advertirles que la idea de regresar tarde no me parece demasiado bien, ya que el acceso siempre ha sido algo complicado debido a lo accidentado del lugar y los ataques de algunos lobos que por allí abundan; tengan presente que es un lugar donde muchos animales salvajes sacian normalmente su sed, por lo que le recomiendo lleve usted una escopeta, que para ese fin tengo siempre guardada.

Cloe, algo temerosa, miró a John y éste se dirigió a la mujer diciendo:

- ¡Vaya! no contaba con que tuviera que portar con ningún arma, pero si ese es el único inconveniente no hay ningún problema.

Con los víveres en el maletero del coche y la escopeta bien cargada, partieron hacia el lago sin demora- El día avanzaba, y era cuestión de aprovechar lo que de él quedaba.

Al principio todo iba bien, pero a medida que fueron acercándose al lago el camino se fue endureciendo y complicándose cada vez más, por lo que la velocidad era bastante reducida y aquel vehículo no era precisamente un Jeep.

Poco a poco fueron divisando el lago, que se iba extendiendo a medida que se acercaban. Estaban maravillados con lo que veían, y cuando John decidió parar el auto estaban a pocos metros de la orilla. Se bajaron del coche y la visión era espectacular, ya que se podía ver el lago en toda su extensión, y lo que más entusiasmó a Cloe, fue un pequeño embarcadero, donde además a su lado se divisaba una pequeña barca, que estaba varada en la orilla y parecía tener incluso sus remos.

Se encaminaron hacia el embarcadero con los enseres a cuestas, portando John la escopeta que llevaba cruzada en la espalda, pues sus manos acarreaban con la cesta de la comida, la cantimplora etc., en fin, parecía unos de esos portadores que acompañan a los alpinistas, en sus escaladas pensó; sin embargo, Cloe, aparte de su bolso con sus cosas, sólo llevaba

la cámara de fotos que colgada del hombro le daba un aire muy aventurero y al mismo tiempo elegante.

Aquel embarcadero de madera no le daba mucha seguridad a John y le dijo a Cloe que tuviera mucho cuidado, pues no se sabía cuánto peso podría resistir, dado lo antiguo y estropeado que estaba.

El agua, de un azul oscuro, intuía una gran profundidad, pregunta que se hizo John, en cuanto llegaron allí. El sitio era genial, rodeado de algunas, no muy altas montañas, pero lo que más le llamó la atención, fue que apenas había vegetación a su alrededor, cosa que le pareció algo extraño.

Subió el primer escalón y lo hizo muy despacio, dejó caer su pie lentamente como cuando Armstrong, lo hizo en la Luna por primera vez, acordándose del hecho y sonriendo a la vez; avanzando poco a poco, pues no quería exponer a Cloe a ningún peligro que estropeará lo que parecía ser un fabuloso día.

Mientras, Cloe se untaba la piel con cremas y con sus gafas de sol, parecía una auténtica diva cinematográfica. Luego sacó la cesta y extendió una pequeña manta, que haría las veces de mesa, de aquel fantástico picnic.

Cuando John llegó hasta el final de aquel embarcadero, los maderos que pisaba crujían de una forma preocupante, pero valoró la situación como un buen boy scout y llegó a esa conclusión, dando pequeños saltitos, convenciéndose de que la madera aguantaría, acción que Cloe vio y fotografió, sonriendo le gritó:

- ¡Vaya un ingeniero de caminos que estás hecho! - riendo los dos a carcajadas.

John retornó junto a Cloe, que ya tenía preparada la comida al pie de aquel viejo embarcadero a la fortuita sombra de una nube que, en aquel momento se puso encima de ellos. Fue la guinda para comer tranquilos mientras observaban el lugar.

Mientras disfrutaban de aquellos bocadillos y Cloe ahuyentaba algunas hormigas que querían también participar del sencillo, pero succulento festín, John advirtió que unas ondas se producían en el agua. Y aunque fijó su buena vista en aquella dirección no conseguía distinguir nada ya que la distancia era bastante considerable, pero se percibían tan perfectamente que las pequeñas, pero perceptibles olas producidas por lo que allí emergía o se movía, llegaban hasta ellos como diminutos tsunamis.

Inquieto por aquel fenómeno, que estaba claro sería producido por algún pez, algún tipo de ave, o incluso alguna rama caída desde algún arbusto cercano, cosa que descartó por completo, pues si algo faltaba en aquel lago era vida vegetal pues no se veía ningún arbusto o algo parecido en todo el perímetro que pudiera ser la causa de dicho fenómeno.

Se levantó sin dejar de observar desde donde provenían, y lo comentó con Cloe, que no se había enterado aún de aquel hecho.

-Seguramente será algún pez - dijo Cloe, quitándole importancia., mientras se quitaba la blusa y las sandalias, y recogíendose su hermoso pelo.

-Enseguida vuelvo, cielo - cogió los primaticos, la escopeta que colgó de su hombro, y que tantas otras veces utilizó en campaña, subió sin prisas las pequeñas escaleras del embarcadero, tragándose de un bocado el resto del sándwich, pues quería echar un vistazo más de cerca, a lo que estaba produciendo aquello.

Cuando estuvo en la punta del embarcadero, aquellas ondas ya no se apreciaban, sin embargo, no se fue de allí, pues estuvo un buen rato, ojeando cuidadosamente toda la zona. Un cocodrilo era algo imposible, pues la falta de vegetación, y los pocos peces que allí habría, serían insuficiente alimento para un reptil.

Pero la duda seguía allí, aunque estaba casi seguro, de que no sería nada importante. Desde el accidente de Cloe, se había vuelto muy suspicaz, y su sentido de protección hacia ella, se había acrecentado de una forma, más que normal produciendo en él una casi alerta continua, que él mismo sentía, pero que no quería que Cloe notara, aunque también sabía que ella le conocía muy bien y sería muy difícil ocultarlo.

En estos pensamientos estaba, cuando notó que le empujaban desde atrás, y como si de un resorte se tratara con una rápida llave de yudo, derribó a Cloe al suelo de madera cayéndose de espaldas y, gracias a Dios, sin hacerse el más mínimo daño, sólo un pequeño dolor en sus bonitas posaderas. Fue el resultado de aquella magnífica llave de yudo, de aquel militar.

- ¡Cariño, discúlpame por favor! - le dijo mientras la ayudaba a levantarse de aquella ridícula posición, mientras para sorpresa de John Cloe reía a carcajadas, pues su intención

fue darle un pequeño susto, aprovechando que vigilaba con tanta atención, con aquellos viejos anteojos.

Una vez repuesto de aquel ridículo...y con el corazón a cien, regañó a Cloe diciéndole que le pudo haber hecho mucho daño; si la caída no hubiera sido tan propicia, palabras que ella parecía desoír pues seguía riendo sin parar para más ridículo de su pareja.

Pasado ya el mal trago por parte de John, intentó relajarse mientras Cloe se sentaba al borde de aquel embarcadero, metiendo sus pies en el agua acto que a John no le pareció buena idea, pues aún tenía en su cabeza, todas esas ideas que le habían puesto en aquella ridícula situación.

Sin embargo, no quiso ser aguafiestas y no quería agobiar a su novia, con sus posibles delirios, más de lo debido, y dejó que Cloe disfrutara de aquel refrescante momento. Eso sí, permanecía a su lado, mirando expectante a los alrededores de sus pies, alertando a Cloe, de que unos pequeños pececillos se acercaban recelosos, dando vueltas por las inmediaciones. Parecían pequeñas carpas, todas casi del mismo tamaño, que de vez en cuando chapoteaban, amontonándose y sacando sus pequeñas bocas, haciendo las delicias de Cloe, que de vez en cuando les tiraba diminutos trocitos de pan, produciendo así, un amontonamiento de peces que competían por el alimento, produciendo así, un auténtico cardumen que era todo un espectáculo.

John apartó la vista un momento, para seguir observando con sus viejos binoculares, la zona donde se habían producido las ondas, mientras Cloe comentaba lo fría que estaba el agua pero que eso le agradaba mucho. Algunas carpas se habían aproximado tanto que les rozaban sus pies, hecho que a ella le producía mucha satisfacción porque decía que ya se había hecho amiga de ellos, y le pedía a John que fuera a buscar más pan pues se le estaba acabando la pequeña porción que se había traído.

-Vale, ya voy - le dijo John mientras seguía observando toda la zona, que creía más importante, pues no apartaba sus ojos de aquellos gemelos.

- ¡Por favor cielo, tráeme otro trocito de pan, anda sé bueno! ¿no ves que están los pobrecitos muy hambrientos?

¿Cómo podía resistirse, a aquellas dulces palabras que su novia, tan tiernamente pronunciaba en tono de clemencia y de niña mimada? Además, Cloe sabía como sacar provecho de sus encantos, utilizando esas técnicas femeninas de mujer enamorada.

- ¡Además han desaparecido todos en un santiamén, y quiero que vuelvan otra vez!

Sin dudar más, se encaminó hacia la orilla, despacio y mirando hacia atrás de vez en cuando. Casi estaba a dos pasos, del pequeño picnic cuando una terrible idea le asalto en su cabeza. ¿Por qué habían desaparecido tan rápidamente aquellos pequeños peces, cuando estaban tan entusiasmados con la comida? ¡Un depredador sin lugar a dudas! un pez de mayor tamaño, alertado por la concentración de los pequeños estaría rondando la zona.

Apresuradamente cogió otro trozo de pan, y salió con rapidez subiendo aceleradamente aquellas pequeñas escaleras, que le conducían al pasillo del embarcadero.

Mientras se acercaba, buscó a Cloe al final del trayecto, pero sus ojos, no daban crédito, pues Cloe, no se encontraba donde unos momentos antes, la había dejado, sólo un fuerte chapoteo se escuchó. Su corazón se aceleró, y acelerando en su carrera todo lo que le fue posible, saltó al agua zambulléndose rápidamente en busca de su amada novia.

La visibilidad era casi nula, pero el impulso que alcanzó, le sumergió rápidamente dando brazadas como un poseso hacia aquel oscuro fondo que se abría ante él.

Sus ojos abiertos buscaron y buscaron, mientras en su frenético descenso continuaba hacia las profundidades. Y allí estaba; consiguió ver como seguía descendiendo, con sus brazos extendidos como buscando el cielo. Una imagen que jamás ya olvidará. Sus manos buscaron las suyas, y cuando la tenía agarrada, notó como otra fuerza seguía tirando de ella. Haciendo casi un esfuerzo sobrehumano, se aferró a su cintura, y tiró como pudo hacia arriba, consiguiendo soltarla de la poderosa fuerza que la sujetaba, ascendiendo rápidamente con ella hasta llegar a la superficie que le pareció estar a una eternidad.

Buscó el tan ansiado aire, milésimas de segundo antes de llegar a la superficie, tragando algo de agua, por lo que su agónica salida del agua, fue una violenta inspiración, que resonó en todo aquel lugar, como el lamento de un animal herido.

Consiguió no sin mucho esfuerzo subirla encima del embarcadero, pues Cloe no era capaz de hacer ningún movimiento que le pudiera ayudar.

Una vez que estuvo junto a ella, llenó sus pulmones al máximo y expulsó todo aquel chorro de aire dentro de su entreabierta boca, pero no había respuesta.

Golpeó literalmente el abdomen de ésta, intentando que su pecho se moviera, pero tampoco obtuvo resultado alguno, desesperado la colocó boca abajo, y la cogió por la cintura levantándola, sacando fuerzas del mismísimo corazón, que tanto la amaba. Y entonces una bocanada de agua salió expulsada por su boca, empezando a toser ferozmente, intentando buscar ese tan ansiado aire, que segundos más tarde le devolvería otra vez al mundo de los vivos. Dándole la vuelta y colocándola de lado, para que no se atragantara con sus propios vómitos.

Su pecho empezó a moverse bruscamente, vomitando toda aquella agua que obstruía sus pulmones; y más lentamente después, cuando la fatiga ya empezaba a ceder.

John extenuado, apoyó su cara encima de su pecho, para seguir disfrutando de cómo se movía, y llorando desconsoladamente, miró hacia el cielo, agradeciendo su tremenda suerte, otra vez a Dios.

Lentamente fue recuperando el aliento, y cuando ya se encontraba mejor decidieron ir hasta el coche. Ella cojeaba un poco de una pierna, pero John no le dio mucha importancia, ya que pudo haberse golpeado al intentar subirla al embarcadero.

Una vez en el coche, John la miraba, pues le parecía mentira tenerla otra vez a su lado después de lo que habían vivido. Cloe le correspondió también mirándole cariñosa y dulcemente terminando por besarle en la mejilla, de una forma que jamás había sentido.

Entraron por su propio pie en el hospital, e inmediatamente unos enfermeros que les vieron llegar acudieron para ayudarles y prestarles atención, ya que la apariencia que tenían lo decía todo.

Suerte que el Dr. Williams se encontraba en las dependencias en aquel tan necesitado momento, quien dio las órdenes oportunas y el tratamiento adecuado a aquel incidente. John al verlo le sonrió y abrazándose a él lloraba como un niño.

-Tranquilícese, querido amigo, están ustedes a salvo, lo peor ya ha pasado, y no existe ya motivo de preocupación pues Cloe en este momento se encuentra descansando bajo los efectos de unos sedantes que le he proporcionado. Intente descansar un poco, y no se preocupe, pues le mantendré informado en todo momento. Más tarde, hablaremos de lo ocurrido.

John que se encontraba exhausto, se dejó llevar por aquellas tranquilizadoras palabras, y se quedó dormido en un abrir y cerrar de ojos, nunca mejor dicho.

Al despertar, la primera cara que vio fue la de Cloe, que le miraba con dulzura.

- ¿Puede saberse por qué me miras así? - le dijo sonriendo.

- ¿Es que no puedo mirar a mi novio, a mi héroe preferido?

- ¡Qué dices! -dijo John - ¿yo un héroe? Jajaaja, - rompieron los dos a reír a carcajadas, toda una tensión acumulada que necesitaban descargar.

- ¿Sabes que te quiero mucho? - le dijo Cloe depositando sus labios, en los de él.

-Lo sé, y, además, también lo noto. - dijo él sonriendo.

Momento en que el Dr. Williams entraba por la puerta,

- Muy bien, esa es la actitud, que me gusta de mis pacientes, la mejor de las medicinas sin lugar a dudas: la risa.

- ¿Cómo se encuentra hoy, Cloe?, la noto a usted, cada día mejor, y sólo llevan aquí tres escasos días.

-Gracias a sus cuidados y consejos, bastante mejor Dr. Como puede ver, visitando a mi querido compañero de desgracias el Sr. John. Dándole mimitos y ánimos como así me recomendó usted - guiñando un ojo al médico, que ya se ponía el estetoscopio para reconocer a John.

-John, creo que ya va siendo hora de que regresen a casa, pero antes me gustaría charlar con usted unos minutos, si la Sta. Cloe me lo permite, claro.

Cloe asintió y volviendo a guiñar otra vez el ojo, pero esta vez a John, salió de la habitación con la excusa de preparar su equipaje, y la intención de esperarlo fuera.

Cuando estuvieron a solas, John le preguntó al Dr.:

- ¿Por qué llevaba Cloe esa venda en el pie?

-De eso mismo quería hablarle querido amigo, pues en mi examen, cuando llegaron aquí, Cloe traía unas marcas bastante extrañas en su pie derecho, unas marcas que aún no acabo de entender. ¿Había alguien más en el lago en el momento, en que Cloe cae al agua?

- ¡Rotundamente no, Dr. Williams!, estábamos ella y yo solos, eso se lo puedo asegurar. ¿Por qué me hace esa pregunta?

-Voy serle sincero amigo, unas marcas como las de una mano, con sus cinco dedos, quedaron impresas en la pierna de ella. ¿Vio usted si alguien, quiero decir, una persona fue la culpable de su caída al agua?

John le explicó a su amigo, que cuando regresaba junto a ella, ya no se encontraba sentada al borde del embarcadero, por lo que no pudo ver cuando cayó, pero sí le explicó con todo detalle la fuerza con la que tiraban de ella hacia las profundidades. Estaba seguro que no se trataba de ningún pez o animal, pues aunque apenas era capaz de ver, sí notó que debajo de Cloe algo se movía, y que por lo poco que pudo apreciar, sí tenía un aspecto algo extraño, pues distinguió entre la oscuridad, algo más parecido a unas piernas, que a unas aletas de pez.

John hizo alusión a la falta de vegetación en aquella zona, cosa que le pareció bastante raro, pues aquella falta de zonas verdes, y vida animal, en un sitio donde el agua era abundante, no era muy habitual, salvo por aquellos pequeños peces, y aquellas grandes y primeras ondas en el agua, que tanto le llamaron la atención.

-Esa precaución y ese instinto natural suyo, unido a su formación militar, han sido cruciales para la vida de Cloe. Su instinto le sirvió a usted muy bien, John, y estoy seguro que otra persona no hubiera conseguido rescatarla a tiempo. Creo que su coraje y su preparación física, unido a ese amor que le profesa usted, han desempeñado un papel muy importante en todo esto por lo que le pido que no se separe demasiado de ella más que lo justo al menos por el momento. Eso sí, sin llegar a agobiarla, pues todas las cosas tienen su dosis, que debemos aplicar en su justa medida, cosa que no es por otro lado, muy fácil de conseguir.

- Estos parajes son bastante inhóspitos, y hace ya más de veinte años, el ejército estuvo muy interesado en ese lago, donde al parecer se hicieron una serie de experimentos que se mantuvieron, en el más estricto secreto, permitiéndose la entrada a la zona, solamente a los militares, por lo que vaya usted a saber qué cosas habrán hecho allí.

Aquellos consejos conmovieron a John, pues sabía a ciencia cierta, que aquel hombre, aparte de su médico, también se había convertido en su mejor amigo, sentimiento que, por otra parte, John también compartía.

Antes de salir de la habitación, se estrecharon la mano y se dieron un abrazo fraternal y sincero, como dos grandes amigos que se despiden.

-Y si nota algún cambio, sea lo que sea en Cloe, por favor no dude en llamarme. Ah, y que se aplique la crema que le receté durante al menos una semana, y si no hay cambios tráigala otra vez.

-Descuide Dr. así lo haré - le dijo John.

Ya en casa, explicaron a la Sra. Enriet y al Sr. Frank lo ocurrido. Ellos con mucha preocupación esperaban en la principal dependencia de la casa, cosa que Frank, no realizaba desde hacía muchos años, según les explicó más tarde la Sra. Enriet.

Después de las consabidas explicaciones por parte de nuestros protagonistas y ya entrada la noche cenaron los cuatro juntos en la parte alta de la casa, hecho que tanto Cloe como John, agradecieron al Sr. Frank que tan amablemente había accedido a la petición que le había hecho Cloe, para que cenaran juntos como cualquier familia normal.

Durante la cena la conversación se centró más que nada y como era lógico en lo sucedido en el lago aportando Frank una serie de datos que, a John le parecieron bastante interesantes y que de alguna forma podrían explicar la falta de vida en el perímetro del lago, ya que según le dijo, se estuvo experimentando con la fauna que allí había en aquel tiempo y que era bastante abundante. Sin embargo, los análisis posteriores que se efectuaron después de aquellos experimentos no dieron un resultado negativo para el consumo de aquella agua, interviniendo para ello otras entidades no militares que dieron el visto bueno para el regadío y consumo natural, y que no se encontraron ningún tipo de patógenos, que pudieran afectar el consumo humano.

Después de degustar un excelente postre con frutas tropicales (secreto personal del Sr. Frank) pasaron a una pequeña salita donde la Sra. Enriet sirvió unos licores de diferentes sabores que hicieron las delicias de los invitados, amenizado todo con una suave música de estilo medieval, que al parecer le gustaba mucho a la Sra. Enriet y que ella misma había elegido, para tan especial ocasión.

El ambiente era realmente cordial y relajado y el Sr. Frank hablaba con John de unos posibles arreglos en la parte exterior de la casa que, a juzgar por su interés, eran de su agrado pensó Cloe, mientras observaba desde su confortable sillón, mientras la Sra. Enriet, seguramente por efecto de aquellos magníficos licores tarareaba la música que estaban escuchando.

Se había hecho muy tarde y sin querer romper el ambiente reinante, Cloe se puso en pie, y comentó la necesidad de salir un momento al porche para observar la Luna, pues estaba completamente llena y verla sólo a través de las ventanas, le pareció absurdo pudiéndolo hacer desde el porche, a lo que enseguida la Sra. Enriet contestó:

-Me parece una excelente idea, pero, sólo con la condición de que yo le acompañe, ya que aún está usted algo débil, ¿si no tiene inconveniente, claro!, y tenga. - dándole una especie de chal, que Cloe aceptó encantada.

-No se vaya usted a resfriar, pues a estas horas, el aire que baja de la montaña es bastante frío en esta época.

Y salieron juntas, mientras los dos hombres seguían con su tan amena charla.

Primero lo hizo la Sra. Enriet que haciendo unos gestos con las manos y sacando la cabeza después, como asegurándose de que todo estaba bien allí fuera, llamó la atención de Cloe que no dijo nada y salió tras ella.

Una mágica luna llena parecía colgar del cielo, como si el creador la hubiera puesto justo en aquel punto para deleite de aquellas dos mujeres que, sentadas al pie del porche, disfrutaban en primerísima fila de tan espectacular ocasión. Aquella hermosa luna amortiguaba el fantástico brillo que aquellas estrellas daban cada noche, y celosas y retraídas sabían que la luna, sería reina durante siete largos días, menguando, y así darles otra vez vida. Aquellas dos mujeres permanecían en silencio, sólo roto por los

incansables grillos que rompían aquel maravilloso silencio nocturno y que parecían querer formar una alegre sonata.

De repente una fantástica estrella fugaz entró en escena, cruzando todo el cielo de una forma magistral sorprendiéndolas, y alborotadas comentaban a voces el espectáculo que acababan de ver.

-Ha pedido usted su deseo, Cloe - le dijo la Sra. Enriet mirándola fijamente.

- ¿Sabe que lo que acabamos de ver, es un buen augurio, para ambas?

-Ha sido muy bonito sin duda, pero no creo mucho en esas cosas aunque siempre las he oído desde que era muy niña, y sí, por una vez he tenido tiempo de hacer mi deseo, ya que nunca había visto una estrella fugaz tan hermosa y tan larga en el tiempo.

- ¿Y usted, también lo ha hecho? - le preguntó Cloe, que sentía una fascinación especial por aquella mujer, pues con el paso de tiempo, se había producido una cierta sensación de seguridad y afinidad entre las dos.

-Mis deseos ya no tienen mucha importancia; sin embargo son los suyos los que deben contar. Yo como puede ver, ya soy vieja, y mi mejor deseo ya hace algún tiempo que se ha cumplido, que fue la recuperación total de mi querido sobrino, por quien he luchado hasta el día de hoy. Sólo le pido a Dios, que me siga dando fuerzas para mantenerlo a salvo de algunas cosas que a usted le costaría mucho entender.

-Permítame que le diga que tiene usted un maravilloso compañero, que la protegerá y cuidará hasta el final de sus días; un preciado tesoro que no todas podemos tener en esta vida, y que usted llegado el momento, debe valorar en su justa medida.

-Cloe cogió la mano de aquella mujer y las rodeó con las suyas, intentando pasarle algo de calor, pues aquellas palabras le parecieron de una bondad tal, que jamás pensó escuchar en labios de la Sra. Enriet.

-Creo que ha sido una bonita e inolvidable noche, que guardaré en mi ya cansado corazón, como el mejor de los recuerdos - dijo aquella anciana en un tono que conmovió a Cloe.

-Me parece que ya va siendo hora de descansar, y creo que usted debería hacer lo mismo, pues son demasiadas emociones las que le han perseguido durante esta trágica semana.

Levantándose las dos se aproximaron a la puerta para entrar, y Cloe en un acto reflejo le dio un beso en la mejilla, mientras una lágrima salía de los ojos tristes de aquella anciana mujer que esperó a que Cloe entrara primero, para luego mirar y entrar ella después.

Se despidieron los cuatro a la subida de aquellas escaleras, y comentaban las mujeres la preciosa experiencia que habían tenido hacía un rato en el porche, con aquella hermosa estrella, pero al parecer aquello no era tan importante como la estrecha conversación que seguían manteniendo los dos hombres, ultimando detalles sobre una serie de proyectos, incluso mientras se despedían hasta el día siguiente.

Mientras se preparaban para acostarse, John no dejaba de hablar de infinidad de cosas que comentó con Frank, y por la forma y con el entusiasmo que las decía parecían haberle causado una grata ilusión. Sin embargo Cloe permanecía callada, dándole vueltas en su cabeza al grato momento que pasó con aquella anciana, y que por lo visto era una simpleza explicar a John que seguía tenazmente, con aquellas ideas de reformas en la parte exterior de la casa, no dejándole siquiera una pequeña oportunidad para hablar. Desistiendo de su idea y dejando el asunto, para cuando estuviera más relajado y fuera capaz de escuchar.

Otro maravilloso día parecía abrirse paso, poco a poco. El trino de los pájaros era la agradable música que se escuchaba, casi todas las mañanas al despertar. John se levantó y abriendo una de las ventanas del dormitorio, sintió como el fresco le rozaba la cara haciendo que su pelo tornase hacia atrás, y respirando profundamente exclamó dirigiéndose hacia Cloe que aún permanecía acostada, pero con los ojos abiertos:

- ¡Creo que hoy será un magnífico día! -dijo en voz alta, mientras se frotaba las manos.
¡Y, además, tengo más hambre que un gato montés!

Cloe simplemente le miraba, con sus grandes ojos, sin decir absolutamente nada.

- ¿Es que no me oye usted, Sta. Cloe? - volvió a vociferar, más fuerte aún si cabe - ¡Soy un gato montés, y creo que me la voy a comer, pues tengo un hambre atroz! - volvió a vociferar otra vez gritando aún más fuerte.

Pero esta vez Cloe no pudo aguantar más sus payasadas, y rio a carcajadas mientras John haciendo como si un enorme gato fuera, se lanzó sobre la cama, imitando toda clase de

rugidos felinos, o quizás más bien gatunos que hicieron que la chica, rompiera a carcajadas, formándose allí un tremendo pero gracioso escandalo mañanero.

Se abrazaron, se miraron, y se percataron de que en realidad eran muy felices, rodando por la cama hasta caer ambos al suelo estrepitosamente.

Mientras Cloe se vestía, John intentó observar la pierna, en la que Cloe tenía aquellas marcas tan raras, pero apenas se le notaba nada, comentando John de una forma rápida:

-Esa crema que te recetó el Dr., hace milagros, pues apenas se aprecian esas dichosas marcas, ¿no crees?

-Sí ya lo he notado. Tres veces al día, extendiendo suavemente por toda la zona, con masajes cortos y regulables - dijo Cloe en plan de burla- pues era John quien se tenía que haber encargado de dicha tarea, según le había dicho el Dr. Williams. Pero Cloe también entendía que necesitaba algún tiempo para él, pues no hacía otra cosa más que cuidarla, y contarle viejas batallas, que seguro más de una se inventaría, pues las contaba con unos detalles un poco raros y con ese argot militar que a veces ella no entendía, pero que le agradaban mucho, pues sabía que él la amaba con todo su corazón.

Desayunaron con mucho apetito, y hablaron de dar una vuelta por los alrededores, en busca de pájaros y otros bichos campestres pues a John era algo que le entusiasmaba mucho y hacía ya algunos años que no se dedicaba a aquellas tareas.

En ese momento se les aproximó la Sra. Enriet, que con cara de preocupación les dijo, que el Sr. Frank no se encontraba muy bien aquella mañana pues había pasado una de esas noches de mucho malestar con unos dolores tremendos de cabeza, pero parecía que ya se encontraba mejor, y que seguiría acostado pues así se lo había expresado a su querida tía, sin querer incluso desayunar prácticamente nada. Los cansados ojos de aquella mujer dejaban ver la gran tristeza por la que estaba pasando, y con un gesto con la mano, se las pasó por los párpados recogiendo unas pequeñas lágrimas que no pasaron desapercibidas para nuestros amigos que con un simple adiós, se dirigieron a su auto con la intención de pasar un agradable día de campo, aunque preocupados por la salud del Sr. Frank.

Salieron con el coche, y John enfiló la salida de la hacienda, pero cuando llegaron a la carretera principal, que les llevaría hasta de punto del destino convenido, giró hacia el

otro sentido que les llevaría en dirección al hospital. Se miraron con una de esas miradas de complicidad en las que no es necesario decir nada pues nada había que decir, solamente actuar, y hacerlo lo más rápido posible.

Después de unos cuarenta cinco minutos que fue lo que tardaron llegar al hospital, se encaminaron hacia la recepción, preguntando enseguida por el Dr. Williams que justamente se encontraba en quirófano interviniendo en un accidente que se había producido hacía algunas horas, por lo que estuvieron que esperar, en una pequeña sala dispuesta para el fin.

Allí se tropezaron con Walter, el ayudante del Sheriff, que se acercó a ellos, pero esta vez más cortésmente para preguntarles.

- Hola, ¿va todo bien? Espero que no hayan tenido otro percance, pues sé de lo mal que lo habéis pasado el otro día, en ese lago.

John dándose cuenta del tremendo cambio que se había producido en el mal carácter de aquel hombre, debido a sus ya conocidos celos, le explicó que su visita allí era porque quería hablar personalmente con Dr. Williams, pero que tenían que esperar a que saliera del quirófano, pues estaba operando en aquellos momentos.

El policía les comentó, que un aparatoso accidente se había producido, en la carretera provincial, entre un auto y un tractor que al parecer irrumpió bruscamente en la carretera arrollando dicho auto en el que viajaban cuatro personas, entre ellas un niño, que era precisamente a quien estaba interviniendo el Dr. Williams, de un severo traumatismo craneal. Por lo que su presencia allí, era para empezar a tomar las oportunas declaraciones a todos los que viajaban en aquel auto, donde el peor parado había sido el niño.

- ¿Os apetece un café, un té quizás Srta?

-Cloe, su nombre es Cloe - dijo John presentando de forma informal a su novia a aquel hombre, que no parecía el mismo de aquella tan desafortunada ocasión, por primera vez.

-Un té estaría bien - dijo Cloe para sorpresa de John, que no esperaba aquella respuesta pero que al mismo tiempo agradeció, pues sobre todo eran personas civilizadas y John no guardaba ningún tipo de rencor a aquel tipo, pues siempre vio aquel primer encuentro como un desafortunado malentendido al que no dio nunca demasiada importancia.

-Con leche por favor - le pidió Cloe a aquel rústico agente de la autoridad que sin vacilar se acercó a la máquina dispensadora.

Sentados los tres, se habían leído casi todas las revistas que encima de una mesita aparecían desordenadas. John levantó la cabeza por un instante de una de ellas, y vio como Walter el ayudante, daba unos tremendos ronquidos que eran dignos de cualquier pocilga de la zona. Miró a Cloe que se reía a hurtadillas mientras acababa con un último sorbo, aquel frío té con leche, que muy amablemente le había invitado aquel hombre.

Desesperado, John se acercó a la puerta de entrada a la zona quirúrgica y para su alegría, vio como el Dr. se acercaba poco a poco a la salida, mientras hablaba seguramente de la intervención con otros médicos que le acompañaban, demostrando por su cara de contento, que todo había salido bien, para tranquilidad de John, pues las heridas en la cabeza, no siempre salían con éxito, según su experiencia en algunas revueltas, que le tocaron vivir en su época de militar.

Cuando el Dr. Williams abrió la puerta del vestíbulo se encaró directamente con John, que se acercó a él con cara de preocupación. Le saludó efusivamente, pues habían transcurrido ya varias horas en aquella sala de espera. Cloe también se acercó y dándole un abrazo, le dijo:

-Necesitamos hablar con usted Dr. Williams, es de suma importancia, pues hay algo que nos preocupa enormemente.

-Espero que todo vaya bien, pues me extraña un poco verles tan seguidamente por aquí.

-Por favor pasen a mi despacho, mientras me deshago de estas vestimentas.

John y Cloe pasaron a un despacho no muy lejos de allí y el Dr. se fue a otra habitación.

Una vez entró en el despacho les preguntó, a qué se debía aquella visita tan inesperada. Acto seguido sin esperar respuesta le preguntó a Cloe si tenía algún tipo de molestia en la pierna afectada.

-Todo lo contrario doctor; la pierna cada día me duele menos, y aquella mancha o lo que fuese, había remitido casi por completo. Enseñando la pierna al médico y éste bastante satisfecho por los resultados, le dijo que ya podía dejar, la pomada que le había recetado

y que unas friegas de agua y sal sería todo el tratamiento que debería llevar de ahora en adelante.

-John, estoy impaciente para que me explique entonces, el motivo de encontrarse en el hospital a estas horas, ya que estar disfrutando de un buen almuerzo sería lo más normal. Soy todo oídos, querido amigo.

John le explicó al Dr. la situación por la que estaba pasando el Sr. Frank, y la preocupación que les había llevado hasta allí pues los dolores en la cabeza eran cada vez peores, y creyeron conveniente hablar con él, para una posible visita médica en la casa.

- ¿Sabe usted que no veo a esa persona desde lo ocurrido, aquel trágico día? Habrán podido pasar, si las matemáticas no me fallan unos treinta y cinco años, ya que jamás le volví a ver. ¿Sabe usted si los dolores son demasiado fuertes?

-Pues creo que sí Dr. digo creo, porque hace ya algunas semanas que no le vemos, y su estado sigue siendo el mismo, ya que quien nos informa, es su tía la Sra. Enriet. Y la verdad estamos un poco preocupados.

-Llevo unas cinco horas, con una actividad más que frenética, ya que nos ha llegado un aparatoso accidente y estoy algo cansado, pero vuestra presencia aquí me dice que debemos ponernos en marcha cuanto antes.

Y diciendo esto, se levantó y salió de la habitación dirigiéndose a la recepción, y dando una serie de explicaciones, cogió su bolso para salir acto seguido en busca del auto, para ponerse en camino hacia la casa.

Para cuando llegaron a las puertas del porche, la Sra. Enriet les esperaba en la entrada de la casa y con el semblante de mucha preocupación, les dijo:

-Por favor, dense prisa, pues su estado es bastante malo, ya que no para de agitarse, por los fuertes dolores que tiene y ya no sé cómo poder calmarle.

-No se preocupe, hemos venido con el Dr. Williams - le dijo Cloe abrazándose a ella. Se la llevó hacia la cocina con intención de prepararle una taza de leche caliente, que le devolviera un poco de tranquilidad, ya que se encontraba en un estado de nervios muy fuerte.

Mientras, John y el Dr., bajaron hasta las dependencias del Sr Frank, abriendo la puerta de su habitación y encontrándole caído en el suelo y con unas convulsiones terribles. Inmediatamente, aquellos dos hombres levantaron aquel esquelético cuerpo del frío suelo y lo depositaron sobre la cama.

-Busque unas cuerdas John y ayúdeme a atarlo, pues así con estas convulsiones no podría ni inyectarle un simple calmante.

Así lo hicieron. Una vez que lo tenían atado y el Dr. le pudo inyectar el calmante, empezó a relajarse lentamente. Sin su máscara y con los ojos desorbitados, parecía un auténtico psicópata que daba incluso temor mirar, ya que su aspecto y su gran delgadez pusieron los pelos de punta al propio John, que miraba aquel despojo humano con tremenda pena.

-Ahora haga usted el favor de salir de aquí, John - le dijo Williams, con la cara desencajada - y solamente entre si yo se lo pido.

John tardó en reaccionar pues no le parecía buena idea dejar al Dr. sólo en aquella situación tan complicada, pero era su amigo quien se lo pedía, y aunque no le gustaba la idea, retrocedió poco a poco, hasta tocar con su espalda la puerta para luego salir cerrando con llave, siguiendo las indicaciones de Williams.

La espera se hizo muy larga, más que nada por la incertidumbre de no saber lo que allí se estaba produciendo y la desesperación por parte de todos, por saber de qué se trataba.

Algunos gemidos de dolor por parte del Sr. Frank, se seguían escuchando dentro de aquella habitación manteniendo en vilo a los que allí se encontraban, esperando el desenlace o diagnóstico por parte del Dr.

Un rato después, se escuchó al Dr. llamar a John para que le abriera la puerta. La emoción era máxima y en la cara de los que allí estaban se reflejaba la preocupación de una forma latente. Con cara de cansancio el serio semblante de aquel médico, lo decía prácticamente todo, aunque un hilo de esperanza mantenía a aquella gente en un estado de expectación, que casi se podía tocar. Después de cerrar la puerta tras sí, se alejaron unos metros de aquel pasillo buscando la mayor intimidad posible.

-Lo siento, pero no puedo dar buenas noticias- dijo Williams mirándoles a todos, especialmente a su tía la Sra. Enriet, que, con los ojos abiertos de par en par, le escuchaba expectante.

-Su situación es muy crítica, ya que la enfermedad padece estar muy avanzada, pues tiene un gran tumor que le afecta el 75% de su cerebro y un traslado al hospital no haría más que retrasar unas horas su dura agonía. Ahora bien, si usted como familiar más directo me lo pidiese -dirigiéndose a su querida tía la Sra. Enriet- inmediatamente llamaría para que viniese una ambulancia para su traslado.

Y haciendo una pausa, que a todos les pareció eterna...dijo con la voz entrecortada:

-Creo, que al Sr. Frank le quedan solamente unas horas, por lo que recomiendo, si lo desean, que pasen a despedirse de uno en uno como así me lo había sugerido él.

-En este momento se encuentra bajo los efectos de la morfina, y es una dosis bastante importante para mitigar el dolor todo lo posible por lo que recomiendo no tarden mucho en decidirse. Pasar, pues como ya les dije antes, el Sr Frank está a punto de partir.

Cloe abrazó a la Sra. Enriet, que desconsoladamente lloraba, sentada al pie de la escalera.

-Yo pasaré primero - dijo John mirando a Cloe, que con su mirada aprobaba la decisión de su amado.

Entró y se acercó a él lentamente, agachándose a su lado en aquel lecho de dolor y muerte, sin saber qué decir, cuando en baja voz, Frank le dijo:

-Me voy de este mundo querido John, mi tiempo aquí ha tocado a su fin, pero me voy, con la agradable sensación de dejar la que fue esta mi casa, en las mejores manos. Termine por mí esos proyectos que teníamos en mente, y no se preocupe por nada, pues la casa ya ha quedado limpia de todo el mal que la envolvía.

Hizo una pausa, para respirar y siguió hablando,

- Coja esta cadena que cuelga de mi cuello, pues como sabe no puedo mover mis manos como yo hubiera querido.

John la cogió con mucho cuidado, y acto seguido Frank le dijo:

-Póngala usted en el cuello de su querida Cloe, y la mantendrá siempre a salvo de cualquier mal, (cogió aire) se lo digo a usted, porque confío en su capacidad de aceptar este tipo de cosas, a las que ella, creo, no daría la importancia que tienen.

Cuidela y ámela mucho (cogió aire) pues el amor es el mejor de los amuletos, ya que no existe una fuerza mayor en el universo. Y ahora sólo le pido una cosa, deme un fraternal abrazo, pues su amistad permanecerá ya conmigo para siempre y me ayudará en este viaje que pronto emprenderé.

John no decía nada, pues no podía, un nudo en su garganta le impedía pronunciar ninguna palabra; sólo le apretujó hacia sí, y con los ojos llenos de lágrimas consiguió pronunciar:

-Adiós mi queridísimo amigo, gracias por querer siempre protegernos, y salvaguardarnos de todo mal - le dijo, abandonando luego la estancia.

La Sra. Enriet quiso que fuera Cloe, la siguiente en despedirse de su moribundo sobrino y entrando con algo de recelo se acercó hasta el lecho sin pronunciar palabra, momento en que el Sr. Frank le dijo, no sin mucho esfuerzo, pues sus mermadas fuerzas ya le abandonaban:

-Cloe, puedo notar su bondad en la distancia (cogió aire) tiene usted un corazón puro y está lleno, de la fuerza más poderosa que existe, (cogió aire) coja mi mano, por favor.

Cloe obedeció a aquella persona por quien tenía un especial cariño y recordó todo el sacrificio que le tocó vivir, sin padres, sin esperanzas... Cómo le recogieron casi muerto cuando era un niño, y aquella mermada vida en su silla de ruedas dedicada a intentar hacer el bien a quien siempre se le acercó, aunque fueron pocos, ya que su aspecto les ahuyentaba de él.

Cloe sintió como su mano aumentaba de temperatura y como una especie de luz iluminaba aquel cuarto, de una forma casi cegadora, notando como un fuerte calor se introducía en lo más profundo de su corazón.

Aquello duró solamente unos segundos, el tiempo suficiente para que el Sr Frank, pasara toda aquella energía dentro del corazón de Cloe, algo que le serviría más tarde para ayudar a cientos de personas, de las terribles garras del mal.

-Adiós Cloe, haga usted buen uso, de ese tesoro (cogió aire) que ahora le pertenece.

Aquellas lágrimas que brotaban de sus ojos, en realidad eran de su corazón que ahora estaba plétórico de una bondad muy especial y salió de allí dándole un beso, en su sudorosa frente.

La despedida de la Sra. Enriet, su querida tía, la voy a dejar en la más estricta intimidad, pues ella dedicó todas sus fuerzas al cuidado de su tan querido sobrino, marchitándose en ese intento tan humano de cuidarle y protegerle hasta sus últimos minutos.

Su funeral fue bastante sencillo y en la más estricta intimidad; fue incinerado como así lo había expresado en su momento, y sus cenizas enterradas debajo de aquel viejo alcornoque, que tanto refugio proporcionó a aquellos pájaros que siempre por otoño hacían acto de presencia, puntuales siempre a su cita, cada año.

La Sra. Enriet, se fue a vivir a su casita no a muchos kilómetros de allí, y John y Cloe, permanecieron en aquella casa hasta llegar la Navidad, retornando luego los dos a New York para luego regresar siempre en verano, teniendo por costumbre abrazar, los dos siempre al llegar, a aquel viejo alcornoque.

7:30 de la mañana, suena el despertador, su sonido ensordecedor le sobresaltó, sacándole de aquel fantástico sueño que tanto le había costado conciliar.

Después de darse una reconfortante ducha, se preparó una taza de café caliente que le ayudaría a despejarse del todo, después de una larga noche escribiendo. Con la taza humeante en la mano y la bata de levantarse puesta, se acercó a la ventana de su modesto piso en la séptima avenida en el cruce de Broadway, y con la mano intentó limpiar de vaho los cristales, haciendo un círculo para asomarse y contemplar cómo amanece esa gélida mañana.

Fuera, desde la altura de su piso, se podía apreciar los diminutos coches en un tráfico cada vez más bullicioso, el ir y venir de las gentes en un ambiente aglomerado, la plaza con sus miles de luces y enormes carteles publicitarios, donde se agolpan bares, restaurantes, teatros, museos, etc.

El sonido del teléfono móvil le sacó de su contemplación, la dulce voz de su amada le recordó que habían quedado para recoger su obra y llevarla a la editorial.

-Buenos días, cielo, ¿cómo estás hoy? espero que por fin hayas terminado tu obra. –le dijo expectante y entusiasmada.

Mirando de reojo su escritorio, vio la enorme pila de folios escritos que tanto esfuerzo le había costado sacar de su pluma en un trabajo apresurado, pues se terminaba el plazo para la entrega. Orgulloso y sonriendo le dijo que aún tenía que terminar. Cogió su pluma y ultimando el título escribió: LA CASA.

THE END.